

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

EL HOMBRE QUE NO PODIA MORIR


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

266 — Un lío de faldas en el infierno, *Silver Kane*.
267 — Las viejas de Maylander, *Burton Hare*.
268 — La favorita de Satán, *Adam Surray*.
269 — La mariposa de la muerte, *Ralph Barby*.
270 — El terror acecha, *Burton Hare*.

CLARK CARRADOS

EL HOMBRE QUE NO PODIA MORIR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 271
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 10.011 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

—Aunque usted no me crea, caballero, yo soy un hombre que no puede morir.

Norman Baines asintió cortésmente. «Cuando uno se encuentra con alguien que hace semejante afirmación, lo mejor es seguirle la corriente y decir que sí a todo lo que diga el tipo», pensó.

—Me parece estupendo —dijo Norman—. Y, si quiere la verdad, le diré que tiene usted muy buena cara.

—Usted lo toma a broma —dijo el hombre tristemente—y lo que le he dicho es rigurosamente cierto. No puedo morir, aunque, como debe comprender, deseo morir. Llevo ya vivo demasiados años y todo llega a cansar en este mundo.

—Claro, claro, la vida, cuando es demasiado larga, cansa.

Norman maldijo entre dientes el inoportuno retraso de Polly Kruger. Había quedado citado con la damisela en aquel pub, a las cuatro de la tarde, eran las cuatro y treinta minutos y la voluble y casquivana Polly no daba señales de vida.

Al llegar al lugar de la cita, Norman se había sentado en un lugar discreto. El local estaba bastante concurrido, pero se hallaba en una parte de la ciudad donde no era fácil que les viesen. Polly era casada y había insistido mucho en la discreción que debía presidir el encuentro. Norman empezaba ya a lamentarse de haber perseguido tanto tiempo una pieza de caza, la que, en el último momento, parecía ir a esquivar sus disparos.

Si Polly hubiera llegado a tiempo, él no se habría visto obligado a aceptar la compañía de aquel desconocido, que sustentaba la sorprendente afirmación de que no podía morir.

Era un hombre todavía joven, ya que no parecía haber cumplido los cuarenta años. Tenía la tez muy pálida y los ojos extrañamente claros. Había algunas canas en sus sienes, lo que resultaba algo prematuro para la edad que aparentaba. La ropa era cara, elegante, pero discreta. En la mano izquierda se divisaba un monumental anillo de sello, con un extraño grabado, que Norman no podía ver por completo, dada la posición que ocupaba.

—Creo que soy un mal educado —sonrió el desconocido—. Todavía no me he presentado… Conde Wilhelm von Stahren, aunque siempre los conocidos me llamaron Willy. De Viena, Austria —añadió, como innecesaria aclaración al nombre de su ciudad de origen.

Norman alargó su mano a través de la mesa.

—Baines, Norman Baines —dijo—. Encantado de conocerle, conde.

—Gracias, amigo mío. Dígame, ¿usted podría ayudarme a morir?

—Hombre, si le diese un buen martillazo… o le echase veneno en su jarra de cerveza o le pegase cuatro tiros, tal vez podría ayudarle a morir, pero tropezaría con el inconveniente de la inflexibilidad de los jueces británicos.

No quisiera enemistarme con algún magistrado de Old Bailey, ¿sabe?

—¿Old Bailey? —repitió Von Stahren—. Ah, sí, es el tribunal para los casos criminales. Pero yo no le pido que me asesine, señor Baines.

—Llámeme Norman, Willy —dijo el joven bien humoradamente, dispuesto a pasarlo lo mejor posible, para entretener la espera—. Si no quiere que lo asesine, ¿cómo puedo ayudarle a morir? Porque no le voy a arrojar desde lo alto de un acantilado o ponerle delante de las ruedas de mi coche o tirarlo a la vía del tren. Vamos, digo yo.

—Oh, no, no, en absoluto… Mi historia es muy larga de contar… Y usted está aguardando a una encantadora pero casquivana mujer, que ya debía haber llegado aquí hace más de media hora, ¿no es cierto?

—Pues sí, pero, como en toda empresa comercial, cuando uno se cita con una mujer, es preciso contar con la partida de «imprevistos». En el comercio son gastos que se presentan inopinadamente… y en una cita amorosa, hay que contar con el imprevisto del retraso de la mujer. Por tanto, puede empezar a hablar, si gusta, Willy.

—De todos modos, la historia es un tanto larga y debería relatársela en un lugar menos concurrido y sin tantas prisas. ¿Sabe?, yo morí hace unos doscientos cincuenta años.

—Willy, antes me ha dicho que no puede morir. Si no puede morir, ¿cómo dice que «murió»?

Von Stahren sonrió ligeramente.

—Es una frase hecha, aplicada a mi caso particular —contestó—. Ciertamente, se suspendieron mis funciones vitales y me enterraron, pero no llegué a morir. No he muerto todavía y, créame, me siento muy fatigado de vivir…

—Sí, doscientos cincuenta años cansan —admitió Norman cortésmente—. Pero usted es austríaco… ¿y vino a morir en Inglaterra?

—Concretamente, en una aldea situada a unos ochenta kilómetros al norte de Londres. Claro que yo no vine a residir en la aldea, sino en una posesión que se halla a cosa de un par de kilómetros, y cuyo nombre es Squelleen Manor. Pero, naturalmente, me enterraron en el cementerio de la aldea. Vaya, vaya y verá mi tumba allí.

—Bueno. Willy, si le tengo aquí, no necesito ir a… ¿Cómo ha dicho que se llama esa aldea?

—No se lo he dicho, pero se lo diré ahora. El nombre es Harthrop.

—Ah, ya. Me suena —mintió Norman con todo descaro.

Von Stahren movió la cabeza con aire pesaroso.

—Usted tampoco me cree —dijo—. He intentado contar mi historia a dos o tres personas antes que usted, pero todos se mostraron escépticos. Uno, incluso, quiso agredirme y me echó de su lado con las palabras más soeces que imaginarse pueda. Pero yo creo que usted es mucho más sensato y me ayudará a conseguir mis deseos. Norman, es hora ya de que ocupe mi sitio definitivamente en la tumba.

—Vamos, Willy, no tenga tanta prisa y deje que Dios decida su hora. De todos modos, si puedo ayudarle en algo… Siempre que no me ponga en conflictos con los señores de Old Bailey, claro.

—No, no habría conflictos… De todos modos, ¿quiere que le dé una prueba de mis afirmaciones? ¿Quiere que le demuestre prácticamente que no puedo morir?

Norman se alarmó.

—Willy, por el amor de Dios, no cometa una imprudencia…

Von Stahren sonreía de una forma extraña. De repente, Norman vio brillar un pequeño estilete en su mano derecha.

Antes de que pudiera hacer nada, Von Stahren se clavó el estilete en el pecho, a la altura del corazón.

* * *

Norman se agarró con ambas manos al borde de la mesa. No entendía gran cosa de anatomía, pero estaba seguro de que el puñal había alcanzado el corazón. Ahora, Norman se derrumbaría al suelo…

No ocurrió nada de lo que esperaba. Willy sacó el estilete y se lo mostró impoluto y reluciente. Después de guardarlo, se abrió la camisa y enseñó la herida.

Norman vio una hendidura de unos dos centímetros y medio, con los bordes completamente limpios, sin que de ella brotara la menor gota de sangre. Pero, de pronto, ante sus ojos atónitos, la herida empezó a cerrarse con gran rapidez.

Treinta segundos más tarde, toda señal había desaparecido del pecho de Willy, quien, con la sonrisa en los labios, volvió a abrocharse la camisa.

—¿Convencido, amigo mío?

Norman se pasó una mano por la frente.

—Creo que necesito un trago —dijo roncamente.

—Tómese mi jarra. Yo no bebo —indicó Willy.

Norman apuró la cerveza casi de un trago. Luego miró a su interlocutor.

—Willy…

—Ahora tengo que marcharme, Norman. Volveremos a vernos otro día. Y espero que me ayudes a morir —le tuteó de repente.

Willy se puso en pie.

—Ah, y para que no dudes de que todo ha sido real y no un sueño, aquí tienes mi anillo. Guárdalo hasta que te lo reclame. Adiós, amigo mío.

De repente. Norman se encontró solo.

Examinó el anillo. En el sello vio grabado un escudo de armas: un león rampante, cuya garra derecha empuñaba un pequeño tridente. El anillo era grande, pesado, de oro puro, no cabía la menor duda,

Maquinalmente, lo guardó en el bolsillo. Reflexionó unos minutos y no tardó demasiado en llegar a una conclusión. Willy era un chiflado. O tal vez

miembro de un club en el que se hacían extrañas apuestas, para ganar una de las cuales había conversado con él, contándole la más fantástica historia que su mente había sido capaz de imaginar. El anillo, probablemente, era de plomo, con un baño de metal dorado, hecho especialmente para dar mayor verosimilitud al relato.

Pero quedaba la demostración del estilete. Era fácil de explicar, un truco cinematográfico. Nada sobrenatural.

De pronto, se le acercó la camarera.

—Señor Baines…

Norman alzó la cabeza.

—Hola. Meg —sonrió.

—Tengo un recado para usted. Ella no puede venir.

—Gracias. —Sin saber por qué, Norman no lamentaba en absoluto la ausencia de Polly. Miró a Meg, una Joven de grandes pechos, rotundas caderas y fácil sonrisa. ¿Por qué no podía sustituir a Polly?

—¿Meg?

—¿Sí? —dijo la camarera.

—¿A qué hora terminas tu turno?

—Si quisiera, ya habría terminado.

—Entonces, puedes marcharte, sin que el dueño te diga nada.

—Iba a marcharme, cuando sonó el teléfono y tomé el recado para usted.

—¿Tienes algún compromiso?

Meg sonrió.

—Ninguno, señor Baines.

—Meg, llámame Norman.

—Sí, Norman. Voy a quitarme la cofia y el delantal. Cuestión de un minuto. Páguele a mi compañera.

—¡Desde luego! Ah, un momento, Meg…

Ella le miró.

—Dime, Norman.

—¿Qué te ha parecido el caballero que estaba conmigo?

—¿Cómo?

—Sí, había un hombre en mi mesa. Pidió otra jarra de cerveza…

—Norman, no he visto a nadie en tu mesa, durante el rato que has estado aquí. Tú pediste otra jarra y yo creí que era para alguien que iba a venir muy pronto. Pero te has bebido las dos… ¿No te habrán hecho daño, supongo? —exclamó Meg ansiosamente. Norman tenía la boca abierta. Meg no había visto al conde Von Stahren.

—Pero eso es imposible…

—¿Qué es imposible? —preguntó ella—. Oye, tengo unas pastillas que alivian rápidamente el exceso de alcohol. Te daré una…

—No es necesario, me encuentro perfectamente. —Norman quiso sonreír, pero le salió una mueca—. Era una broma —mintió—. Anda, ve a cambiarte; estaré en la puerta.

—De acuerdo.

Norman dejó unas monedas sobre la mesa y se levantó, profundamente preocupado. Metió la mano en el bolsillo y acarició el anillo. Aquella joya, fuese o no de oro, era la prueba de que su conversación con Wilhelm von Stahren, el hombre que no podía morir, había sido algo real, por fantástico que pareciese el tema tratado en la conversación.

Pero no tardó en olvidarse de aquel extraño encuentro. —Los encantos de Meg eran numerosos, bien distribuidos y ella era una mujer ardiente y voluptuosa, con una gran experiencia y una notable sabiduría en las cosas del amor. Norman no llegó a lamentar la ausencia de la inconstante Polly Kruger.

Todo lo contrario: había motivos de sobra para felicitarse de su falta de formalidad, porque no pensaba verla más en los días de su vida.

Al día siguiente, fue a visitar a un joyero conocido y le enseñó el anillo.

—¿Quieres venderlo, Norman?

—No, en absoluto. Me lo han regalado… pero siento curiosidad por saber si está hecho en oro puro o se trata de una aleación baja.

El joyero hizo saltar el anillo en la palma de su mano. Era hombre de gran experiencia y no necesitó nacer la prueba del agua rugía.

—Oro de veinticuatro quilates —dictaminó, tajante.

—Gracias, amigo —se despidió Norman.

CAPITULO II

Con paso lento, recorrió los espacios que había entre las tumbas del pequeño cementerio. Algunas se veían bien cuidadas, lo que indicaba que los deudos de las personas allí sepultadas estaban todavía vivos y las visitaban con cierta frecuencia. Otras, en cambio, aparecían cubiertas de hierbajos y pequeños matorrales. En algunas, muy antiguas, casi no se podía leer siquiera el nombre del difunto.

De pronto, en uno de los ángulos, Norman encontró una gran lápida, casi oculta por las hierbas que habían crecido con gran profusión en aquel lugar al que nadie, supuso, se había acercado en muchísimo tiempo. Presintió que había encontrado lo que buscaba y, arrodillándose, empezó a arrancar las hierbas con las manos.

Momentos después, dejaba al descubierto una inscripción, cuyas letras mostraban claramente el paso de los tiempos:

Conde Wilhelm von Stahren

1688 – 1726

Las fechas tenían un significado inconfundible.

La segunda confirmaba las declaraciones de Willy: había muerto, o le habían llevado a la tumba, doscientos cincuenta años antes. En cuanto a la primera, demostraba claramente las apreciaciones de Norman sobre su edad. Había calculado unos cuarenta años. En el momento de su «muerte», Willy contaba treinta y ocho años.

Profundamente desconcertado, se puso en pie.

¿Con Quién había estado hablando la semana anterior en el «pub»?

Meg, la camarera, lo había declarado rotundamente: le había visto solo todo el tiempo. Nadie le acompañaba mientras aguardaba a la mujer que, finalmente, no había acudido a la cita.

¿Había sido una especie de sueño, en el que había visto algo que sólo él y nadie más podía ver?

De pronto, cuando más desconcertado se hallaba, oyó una voz a sus espaldas:

—¿Usted también cree en la leyenda?

Profundamente sorprendido, Norman se volvió, encontrándose frente a una hermosa muchacha, que le miraba con la sonrisa en los labios. Aquella sonrisa tenía una expresión un tanto burlona, que no podía pasar desapercibida a los ojos de un hombre perspicaz, como Norman Baines.

—De modo que se trata de una leyenda —dijo.

—Muy bonita, muy poética, si se quiere, a pesar de que es lúgubre y siniestra, pero leyenda, al fin y al cabo —calificó la joven.

Norman la contempló durante unos segundos. Ella era alta y, supuso, esbelta, ya que el chaquetón forrado de piel impedía apreciar más detalles de

su figura. Por otra parte, usaba pantalones y llevaba unas cómodas botas de paseo, pero en su rostro aparecía la frescura de la juventud, junto con la inteligencia y la expresión innegable de un carácter tranquilo y reflexivo. El pelo era castaño, corto, libre, y los ojos tenían un tono café muy claro, casi ambarino.

—No conozco la leyenda por completo, aunque, desde luego, no le faltan notas fúnebres —admitió Norman—. Usted debe de conocerla bien, supongo.

En aquel momento, apareció un enorme perro, que se acercó a la pareja con grandes saltos. Norman, instintivamente, retrocedió un paso.

—No tema —dijo la joven—. «Sharko» no ataca a nadie, a menos que yo se lo ordene.

El can olfateó a Norman durante unos segundos y luego volvió junto a su ama. Ella puso una mano sobre su cabeza, que estaba situada a casi un metro del suelo. Era un doberman-pinscher de aspecto aterrador, pero, a la vez, dócil como un falderillo.

—Lo crié yo, cuando ni siquiera abría los ojos —explicó ella—. Su madre había muerto y le salvé la vida.

—En tal caso, se comprende la fidelidad… Ah, perdóneme por no haberme presentado. Me llamo Norman Baines, señorita…

—Augusta Searles —dijo ella—. He salido a dar un poseo, con «Sharko» y le vi a usted desde lejos. Me picó la curiosidad.

—Y decidió acercarse a ver quién era el intruso que estaba en la tumba del conde Von Stahren.

Augusta sonrió.

—Puede figurárselo —contestó—. Sobre todo, cuando se conoce la leyenda, señor Baines.

—No hay leyenda que no tenga un mínimo de base real —dijo él sentenciosamente.

—Por supuesto, y más si se tiene en cuenta el lugar donde se originó.

—Squelleen Manor.

—Que es, precisamente, donde yo vivo.

Norman no pudo contener un gesto de asombro.

—El me habló del cementerio de Harthrop y de Squelleen Manor —manifestó.

—¿El? ¿Quién? —se extrañó Augusta.

—¿Quién va a ser? ¡El conde Von Stahren en persona!

Augusta le miró con cierto recelo.

—No me cree, ¿eh? —dijo Norman. De pronto, reparó en el escudo que aparecía grabado en la cabecera de la lápida—. Mire eso y… —alargó su mano, en la que lucía el anillo que le había entregado Willy—. Mire aquí también, en los dos sitios aparece el león rampante con el tridente que, supongo, deben de ser las armas de los Von Stahren.

Augusta se sentía atónita.

—¿De dónde ha sacado usted ese anillo? —preguntó.

—Le propongo un trato, señorita Searles —dijo Norman.

—¿Sí?

—Usted me cuenta la leyenda del conde Von Stahren y yo le cuento la forma en que este anillo llegó a mi poder.

Una ligera sonrisa apareció en los rojos labios de la joven.

—Acepto el trato… pero conversaremos mejor en el Manor, junto a la chimenea y delante de una taza de té —contestó.

Norman hizo una profunda inclinación.

—Será un placer —aseguró.

* * *

El tiempo, aunque no lluvioso, era frío y desapacible. La estancia junco a la chimenea resultaba agradable y más si se contaba con la compañía de una hermosa mujer como Augusta. Ella, despojada de su chaquetón, aparecía sumamente esbelta, rebosante de femineidad con su figura que aparentaba fragilidad, pero que, en realidad, era la de un cuerpo delgado y de firmes contornos y en cuyas suaves curvas no se advertía una desproporción exagerada, que rompiera el rumo de la escultura viviente que era la muchacha.

«Sharko» se había tendido sobre una gran piel de oso, junto a la gran chimenea de piedra, en la que ardían varios troncos. La casa tenía una antigüedad no inferior a los cuatro siglos y, aunque era evidente que los muebles habían debido de ser renovados, no se había quebrantado el estilo original de los mismos, si bien se habían añadido algunos de mayor comodidad y más acordes con la época actual, que no alteraban, sino que complementaban la decoración de la gran sala en que se hallaban.

Una mujer de mediana edad trajo el carrito con el servicio de té. Augusta dijo que se encargaría de atender al invitado y la sirvienta se retiró, discreta y silenciosamente.

Augusta llenó las tazas y luego se sentó frente a Norman, en un sillón de alto respaldo.

—Sara y yo vivimos solas en la casa —sonrió—. Mi padre está fuera casi todo el tiempo, fuera del país, claro.

—Negocios, supongo —dijo Norman.

—No, diplomacia.

—Ah… El Manor es muy atractivo. Son ustedes muy afortunadas al contar con esta posesión, señorita Searles.

—Mi abuelo la compró hace más de cincuenta años. Según le explicó el anterior propietario, éste vendió porque se sentía más que harto del ambiente de Squelleen Manor. A mí, a pesar de todo, me gusta.

—Pero alguna vez saldrá de aquí…

—Sí, tengo un apartamento en Londres y viajo de vez en cuando, aunque no con demasiada frecuencia. En el verano, por supuesto, me tomo un par de

meses de vacaciones en un país cálido.

«Y no hace nada, porque es una mujer rica», pensó Norman.

—Ahí se equivoca —dijo Augusta, sonriendo—. Le he adivinado el pensamiento, señor Baines. Trabajo, aunque, por supuesto, en algo que me gusta, y como no lo hago mal del todo, obtengo dinero suficiente para vivir con holgura.

—¿Qué hace usted, señorita Searles?

—Pinto. No se me da mal y suelo vender siempre los cuadros que expongo. —Augusta volvió a sonreír—. Ya ve que no soy una chica ociosa, que vive del dinero de papá, que ciertamente, no es rico, aunque si posee una situación económica relativamente holgada. Y usted, ¿qué hace? Porque ya sabe muchas cosas de mí, pero yo aún no sé nada de usted.

Norman hizo un gesto con la cabeza.

—Algunos me llaman detective privado, pero no es cierto. Soy investigador de una compañía de seguros y tengo cierta libertad de acción en mi trabajo. El sueldo es bueno y… Bien, pero ¿no habíamos quedado en que Íbamos a hablar de la leyenda del conde Von Stahren?

Augusta dejó su taza a un lado.

—Es cierto —admitió—. La prometida del conde murió asesinada y él juró que no moriría hasta castigar a sus asesinos.

—Pero hay una tumba…

—El conde murió también, pese a su juramento, y fue enterrado en el cementerio de Harthrop. La leyenda cuenta que otro hombre fue enterrado en su lugar, pero eso no es cierto. Yo he visto la inscripción de la defunción en los registros de la parroquia. Wilhelm von Stahren no pudo cumplir su juramento.

Norman se reclinó en el sillón.

—¿Por qué mataron a su prometida? —inquirió.

—El conde había venido a Inglaterra, como enviado del emperador Carlos VI de Alemania y, naturalmente, de Austria. Vio a Arabella Derwent y se enamoró instantáneamente. Y Arabella correspondió al amor del conde. Una historia enternecedora, ¿verdad?

—Bien, suele suceder… El flechazo amoroso no es privativo de una época determinada. Pero ¿por qué asesinaron a Arabella?

—Según tengo entendido, el conde había traído una gran fortuna consigo, un cofre lleno de monedas de oro. En aquella época, los nobles en servicio diplomático, sufragaban gran parte de sus gastos y el conde no podía dejar en mal lugar a su emperador. Pero un asesinato directo podía haber provocado un conflicto entre las dos naciones, por lo que los asesinos decidieron golpear el punto más débil.

—Arabella Derwent.

—Sí. Conocían el inmenso amor que se profesaban los dos y supusieron que el conde no querría vivir sin la mujer a quien amaba. Von Stahren no se suicidó, pero languideció después del crimen y murió en pocas semanas.

—Y los asesinos obtuvieron su botín…

Augusta hizo un gesto negativo.

—Fracasaron. Jamás se pudo encontrar el arca con las monedas de oro.

—En resumen, perdieron el tiempo.

—Parece ser que sí. Se supone, aunque no se pueda demostrar, que el conde presintió algo de lo que iba a suceder, y tuvo tiempo de esconder su tesoro. Los asesinos, por tanto, quedaron chasqueados.

—En su opinión, ¿fue escondido el tesoro en esta casa?

—No diría yo que no, aunque tampoco, la verdad, me he molestado en buscarlo. Creo en la leyenda hasta cierto punto; no la estimo como una historia absolutamente veraz en tocios sus extremos. Más bien opino que Arabella fue asesinada por un amante desdeñado, el cual, incluso, pudo pagar a unos sicarios para que cometieran el crimen, pero el resto es pura fantasía.

—Entonces, Willy está enterrado en el cementerio de Harthrop.

—Para mí, no existe la menor duda, señor Baines.

—Entonces, ¿quién es el hombre Que me entregó este anillo?

Norman se lo sacó del dedo y se lo entregó a la muchacha, para que ella pudiera examinarlo con todo detenimiento. Al cabo de unos momentos, Augusta alzó la cabeza para mirar a su invitado.

—Las armas de este escudo son análogas a las grabadas en la sepultura —dijo—. Pero eso no prueba nada…

Norman sonrió

—¿No prueba nada? Señorita, ¿me permite que ahora, a mi vez, le relate mi historia?

—Estoy deseando oiría —respondió Augusta.

El joven habló durante unos minutos. Al terminar, Augusta se sintió llena de perplejidad.

—«Parece que no hay motivos para dudar de su palabra… pero todo lo que ha dicho, ¡es tan fantástico!

—Señorita Searles —dijo Norman con una mano sobre el pecho—, le juro que todo cuanto le he relatado es la pura verdad. Yo también pensé que se trataba de un sueño, de una ilusión mía… pero el anillo es algo real y tangible. La camarera sostiene que estuve solo todo el tiempo, pero yo hablé con Willy. Créame, no me he inventado nada; soy hombre poco dado a fantasías, precisamente por mi profesión, y vuelvo a jurarle que hasta mi encuentro con Willy no había oído hablar de Harthrop, ni de este Manor, ni de la leyenda del hombre que dijo no moriría hasta haber castigado a sus asesinos. Y si yo no había oído jamás nada acerca de esta leyenda, ¿cómo, entonces, he podido saber lo sucedido? Dejando de lado, claro está, lo que usted me ha contado.

Augusta asintió pensativamente.

—Sí, resulta fantástico… pero también puede ser real —murmuró.

De repente, «Sharko», hasta entonces apaciblemente dormido Junto al fuego, alzó la cabeza y emitió un gruñido. Arabella miró hacia la puerta.

En la entrada, acababa de sonar la campanilla de llamada. Momentos después, Sara hacía su aparición en la sala.

—Señorita, la señora Grock desea hablar con usted —anunció.

Augusta hizo un gesto de extrañeza.

—¿Grock? —repitió—. No he oído nunca ese nombro…

—Dice que viene en representación de un tal Ballytoe, señorita.

Augusta palideció de repente. Norman captó el cambio de expresión y se preguntó qué podía haber en la mención de aquel nombre, para causar tal sensación en la muchacha.

CAPITULO III

Fuera, en el vestíbulo, sonaron unos tacones que se movían con seguridad. Una mujer apareció de pronto en el umbral. Era de mediana estatura, aunque parecía más alta, debido a los tacones de sus elegantes zapatos, y vestía con gran ostentosidad. El pelo, rubio, era muy abundante y bien peinado. Los ojos eran de color claro y tenían una expresión de cierta dureza, que desfiguraba un tanto la belleza de sus facciones.

—Señorita Searles… —saludó la recién llegada.

Norman se había puesto en pie.

—Creo que debo marcharme —manifestó, con sonrisa de circunstancias.

La recién llegada hizo un gesto con la mano.

—No será necesario —afirmó—. Mi estancia aquí va a ser muy breve. Señorita Searles, como ya le han anunciado, vengo en representación de Barry Ballytoe. Supongo que conoce usted ese nombre.

—Es cierto, señora Grock…

—Bien, sólo he venido para notificarle que dentro de sesenta días, el señor Ballytoe vendrá a tomar posesión de esta residencia. Usted conoce los motivos, supongo.

—Sí, los conozco —respondió Augusta envaradamente.

—En tal caso, no es necesario añadir más —dijo la mujer con glacial acento—. Podía habérselo dicho por teléfono o mediante una carta, pero he tenido que salir por asuntos de negocios y mi ruta pasaba muy cerca de Squelleen Manor. Espero, señorita Searles, que dentro de sesenta días haya desocupado esta casa.

La señora Grock hizo una inclinación de cabeza dirigida al huésped. Luego giró sobre sus talones y abandonó la estancia, con el mismo vivo taconeo que a su llegada.

Norman miró a la joven y la vio pálida, con las facciones contraídas.

—Si puedo ayudarla…

Augusta hizo un gesto negativo.

—Muchas gracias, usted no puede hacer nada en este caso —respondió.

—Me suena el nombre de Ballytoe —dijo él.

—Es un importante hombre de negocios. —Augusta forzó una sonrisa—. Resulta extraño… una rara casualidad, pero Barry Ballytoe es descendiente directo del hombre que asesinó o hizo asesinar a Arabella Derwent.

—¡Caramba, qué coincidencia! —exclamó Norman, sinceramente admirado—. Y ella, ¿quién es?

—Thea Grock, oficialmente su secretarla, pero, en realidad, la mano derecha de Ballytoe. En fin, señor Baines, lamento que su estancia aquí haya tenido un final tan desagradable…

Norman entendió que la muchacha deseaba estar a solas. Le sucedía algo desagradable y no quería confiarse con el que, en realidad, resultaba un

desconocido para ella. Comprendió sus razones y se dispuso a retirarse, aunque antes, sacó una tarjeta de visita y la depositó sobre una mesa.

—Si necesita algo de mí, no dude en llamarme —sonrió.

Acarició la cabeza del perro y se marchó.

En su coche, atravesó Harthrop. Cinco millas más adelante, encontró un automóvil atravesado en el camino.

Parecía como si hubiese sufrido una avería y su conductor no supiese repararla. Norman se apeó, dispuesto a ayudar al automovilista y también por el egoísmo de apartar el otro coche y poder continuar su camino.

—Hola —saludó amablemente—. ¿Puedo serle útil…?

El hombre estaba parado junto al coche. Era un sujeto de unos treinta y tantos años, de rostro agrio y ojos poco amistosos.

—Sí, puede serme útil, contándome lo que hacía en la casa de esa chica —declaró sorprendentemente.

* * *

Norman se quedó parado al escuchar aquellas palabras. Después de sentirse asombrado, reaccionó y procuró dominar la furia que le causaba lo que estimaba una intolerable intromisión en sus asuntos personales. Ordinariamente era un hombre pacífico y cortés, pero cuando le hacían algo que afectaba a lo que él estimaba como propio, respondía siempre adecuadamente.

—Entonces, le diré una cosa —contestó en voz alta—. Quite de ahí ese maldito cacharro o se lo haré quitar a golpes.

El hombre sonrió despectivamente.

—Usted, mequetrefe… —dijo.

Y, de súbito, sacó un revólver y apuntó con él a Norman.

—Hable o le dejo seco —añadió perentoriamente.

Hubo un instante de silencio. Norman sintió que le hervía la furia en su interior. De súbito, movió el brazo y golpeó con todas sus fuerzas la mano armada.

Al golpe, el sujeto dio media vuelta. El revólver se disparó ruidosamente hacia su propio coche. Norman no le dejó reponerse; cayó sobre él y, agarrándolo por el cuello, lo zarandeó brutalmente. El sujeto, perdida la iniciativa, no acertaba a reaccionar.

El arma cayó al suelo. Norman hizo girar al individuo y le asestó un tremendo puñeta20 en el estómago, haciéndole doblarse sobre sí mismo. Aquel golpe bastó para que el sujeto se olvidase de sus propósitos.

Norman se inclinó, recogió el arma y le sacó los cartuchos, que dispersó entre la vegetación que había al lado de la carretera. El revólver fue a parar entre unos arbustos, a veinticinco pasos de distancia.

El hombre parecía muy abatido. Norman lo arrastró a un lado, arrojándole sin consideración a la cuneta. Luego subió a su coche, lo hizo arrancar y lo

movió un poco, lo justo para tener el paso libre.

Al terminar, regreso a su propio automóvil y emprendió la marcha. Se preguntó qué endiablados motivos podía tener aquel sujeto para querer enterarse de lo que había hecho en Squelleen Manor.

Un cuarto de hora más adelante, oyó el sonido de un claxon. Alguien le pedía paso y se apartó prudentemente a un lado. El coche en que viajaba su atacante pasó a enorme velocidad junto al suyo.

Durante una fracción de segundo, Norman divisó un rostro deformado por la cólera. Un puño se agitó en señal de amenaza. Norman contestó, sacando la lengua en son de burla.

No estaba seguro de que el otro hubiese visto su respuesta, pero se sentía moralmente obligado a darla de aquella manera.

El otro coche se alejó, rebasando holgadamente los límites permitidos en aquella carretera. Súbitamente, a unos doscientos metros de distancia, surgió un enorme camión de una curva.

Norman presintió la tragedia. Gritó, como si quisiera advertir al imprudente conductor. Pero ya era tarde.

El automóvil se estrelló de frente contra él camión, con tremendo impacto. Norman oyó el horrible estruendo y el instinto le hizo frenar maquinalmente. Durante unos segundos, el camión de carga arrastró al coche, convertido en un espantoso amasijo de hierros. Luego, los dos vehículos se salieron de la carretera, deteniéndose a pocos metros, en un campo cercano.

El camionero, aunque muy asustado, estaba ileso. Norman, una vez detenido su coche, corrió hacia él.

—¡Usted lo vio, usted lo vio! —exclamó el hombre, terriblemente excitado —. Ese loco iba a más de ciento veinte… En esta carretera no se puede correr a más de ochenta…

—Lo diré todo, amigo, no se preocupe —manifestó Norman, esforzándose por tranquilizar a ese sujeto—. Realmente, no se le puede culpar de nada.

—Esos locos de la carretera… Deberían encerrarlos a todos…

Norman lanzó una mirada hacia el coche destrozado. Junto al volante, se divisaba una cabeza completamente cubierta de sangre.

—Al menos, a ése le encerrarán bien pronto en un sitio del que no podrá salir jamás —dijo sombríamente.

* * *

Norman buscó al día siguiente en los periódicos la noticia del accidente. Al fin la encontró, perdida en las páginas interiores de un diario.

El muerto se llamaba Roy Elkins y, según la policía, el accidente se había producido por exceso de velocidad y posible fallo de los frenos. El camionero, lógicamente, había sido exculpado, cosa que tranquilizó a Norman.

Pero, en cambio, se sentía preocupado. ¿Por qué le había interpelado

Elkins de semejante manera? ¿Había obrado por propia iniciativa o se lo había ordenado otra persona?

Sintióse curioso. «Debo investigar», se propuso.

Y no solamente por sí mismo, sino porque lo ocurrido había atraído poderosamente su afán de investigador. Además, tenía muy presente el hermoso rostro de Augusta Searles y quería conocer cuáles eran los problemas que tanto parecían haberla afectado con la visita de la señora Grock.

Veinticuatro horas más tarde, ya estaba enterado de buena parte de la vida y milagros de Barry Ballytoe. Había dado un gran paso, pero estimó que no era suficiente.

La empresa le debía unos días de vacaciones y decidió tomarlos, para estudiar el caso con toda tranquilidad Durante cuatro días más, practicó una serie de pesquisas que, al fin, estimó, iban a dar el resultado apetecido.

Antes de iniciar la acción, llamó por teléfono a Augusta. La joven se alegró de escucharle.

—Quiero pedirle un favor —solicitó él.

—Si está en mi mano…

—Creo que sí. En caso de que alguien le pregunte por los motivos de mi estancia, hace días, en el Manor, dígale, que fui a interrogarla acerca de un accidente de automóvil, del cual fue usted testigo.

—¿Por qué, señor Baines? —se extrañó Augusta.

—Si le preguntan, ¿dirá que fui allí atraído por la leyenda del conde Von Stahren?

—Creo que tiene razón —convino ella—. ¿Debo dar algún detalle en particular?

—En todo caso, diga que el accidente se produjo en Chelsea, hace cuatro semanas. —Norman había investigado un accidente sucedido auténticamente en el lugar señalado—. Pero no dé más detalles por ahora; diga que el caso está en los tribunales y que ya hablará cuando la llamen a declarar. ¿Ha comprendido?

—Sí, desde luego. Señor Baines…

Augusta se interrumpió bruscamente. Norman captó en el acto sus vacilaciones.

—¿Tiene que decirme algo? —preguntó.

—Es… ¿Ha vuelto a ver a Willy?

Norman sonrió.

—Luego cree en lo que le dije —contestó.

—Bien, no sé qué decir… Pero usted hablaba con tanta sinceridad…

—Todo sucedió M como se lo conté. Pero no, no he vuelto a verle. Y, a decir verdad, me gustaría hablar con él nuevamente. Gracias, Augusta… perdón, señorita Searles.

—No se preocupe —contestó ella—. Vuelva a llamarme, Norman.

—Quizá resulte mejor una visita personal. A menos que tenga

inconveniente en ello.

—Ninguno —accedió la joven—. Venga cuando guste.

—Iré en cuanto me sea posible —prometió Norman.

Aquel diálogo le infundió un agradable optimismo, que le hizo premiarse con un buen trago de whisky. Pero antes de visitar a Augusta, quería hacer algo que entraba dentro de sus planes.

* * *

La mujer se dispuso a abrir la puerta, pero se le anticipó la galante mano de un hombre. Thea Grock se volvió y agradeció el gesto con una cortés sonrisa.

De pronto, arqueó las cejas.

—Creo haberle visto antes en alguna parte —dijo, sorprendida.

—Yo no lo creo, lo afirmo, señora Grock —respondió Norman, sin dejar de mantener la puerta abierta—. Pero, claro, el hombre que ve a una mujer hermosa conserva su imagen fija en la memoria, mientras que la mujer hermosa ve a tantos hombres que la admiran, que difícilmente puede recordarlos a todos.

Thea rió argentinamente.

—Es usted muy amable, señor…

—Baines, Norman Baines —se presentó él—. Pero creo que tenemos la puerta abierta y estamos enfriando a los clientes.

—Es cierto —admitió ella.

Cruzó el umbral, seguida por Norman, quien se había situado a su lado.

—Si no tiene compromiso, me gustarla invitarla a una copa, señora Grock —dijo.

—Por el momento, ninguno —accedió ella—. ¿Qué le parece esta mesa?

Un atildado camarero se acercó en el acto. Norman ayudó a la mujer a quitarse el costoso abrigo de pieles que envolvía su bien formado cuerpo. Thea pidió jerez dulce y él un whisky.

Sentado frente a la mujer, Norman la contempló en silencio durante unos segundos. Debajo del abrigo, Thea vestía un traje negro, de escote recto, pero tan bajo que casi permitía ver por completo sus bellos y redondos senos. Dos delgados hilos del mismo color sostenían el vestido, por otra parte muy ajustado al espléndido busto a partir del talle, de singular delgadez. Debía de tener unos treinta y dos años, calculó Norman, pero no cabía la menor duda de que era muy hermosa y que, además lo sabía. Y, sin duda, era muy experta en las artes amatorias.

Miró sus manos. Había un aro de oro, aparte de una sortija con un grueso zafiro.

—¿Casada, divorciada o viuda? —preguntó.

—¿Tiene mucho interés mi estado civil? —sonrió Thea.

—Un interés enorme. Si no resulta ser la primera de las tres cosas que acabo de mencionar, intentaré conquistarla.

El camarero trajo las bebidas. Thea le miró por encima de su copa.

—¿Acabamos de conocernos… y ya se lanza al ataque?

—En primer lugar, nos conocimos hace días en Squelleen Manor y, en segundo, cuando una mujer es hermosa y no tiene dueño legal, la obligación de tocio hombre que se precie de tal, es de intentar su conquista.

—Yo no he dicho aún si tengo o no dueño legal. Además, en estos tiempos de reivindicaciones femeninas, la frase es desafortunada.

—Era un tópico, le ruego me dispense, señora Grock.

—Está dispensado. Y —Thea sonrió extrañamente—, yo no tengo dueño legal.

—Entonces, iniciaré mis ataques…

—Perdón, señor Baines —le interrumpió ella—. ¿Procede usted así siempre, cada vez que se encuentra con una mujer medianamente atractiva?

—Al menos, lo intento.

—¿Y si falla?

—Tengo espíritu deportivo y sé aceptar las derrotas. Pero una derrota es siempre el resultado de un combate en el que se ha intentado la victoria. El neutral es el que nunca pierde ni gana, señora.

Thea rió suavemente.

—Una tesis muy atrevida, pero que me hace saber una cosa —manifestó.

—¿Cuál, por favor?

—Si es derrotado, se encoge de hombros y, metafóricamente o tal vez de una forma real, se aleja, con las manos en los bolsillos y silbando alegremente. En busca de otra pieza, claro.

—Bueno, algo de eso hay, pero no me paso el día a la busca de piezas —contestó Norman—. A fin de cuentas, necesito trabajar y, por otra parte, tampoco soy un obseso.

Antes de encontrarme con usted, me he cruzado con infinidad de mujeres bonitas, pero no he corrido detrás de ninguna de ellas. Lo que pasa es que ahora ha surgido la ocasión y he tratado de aprovecharla.

—No, si facultades oratorias no le faltan —manifestó ella jovialmente—. Y, dígame, por favor y si no es indiscreción, ¿en qué trabaja?

—Soy investigador de una compañía de seguros. Por eso me encontró usted el otro día en Squelleen Manor. La dueña fue testigo de un accidente ocurrido hará unas cuatro semanas en Chelsea y yo fui a escuchar su versión del caso, en nombre de mi compañía.

—Comprendo. —Thea miró a un lado y otro—. Perdón, señor Baines, pero creo que he de irme.

—Esperaba a alguien y no ha venido —adivinó él.

—Cierto, pero no tema; era un encuentro de negocios.

—Lo cual me da esperanzas para volver a verla otro día.

Ella le dirigió una larga mirada, a través de sus pestañas.

—¿Por qué no? —contestó.

CAPITULO IV

Norman regresó a su casa sumamente satisfecho por el inesperado encuentro, que le había ahorrado enojosos trámites de búsqueda. Había conseguido de Thea que aceptase su llamada telefónica un par de días, más tarde, a fin de concertar una cita, y esperaba, entonces, que ella se mostrase más comunicativa.

Abrió la puerta. Dios dos pasos en el interior de su casa y, de súbito, se quedó inmóvil, como si le hubiesen clavado los pies al suelo.

El conde Von Stahren estaba sentado en una butaca, con las piernas cruzadas y las manos sobre los brazos del mueble, contemplándole con la sonrisa en los labios. Norman trató de hacerse a la idea de que se hallaba ante una persona que, por lo menos, disponía de poderes sobrenaturales.

—Entre, entre, Norman, no se quede en la puerta —dijo el conde.

Norman cerró.

—No le esperaba, Willy —confesó.

—Usted sabía que volveríamos a vernos.

—Bien, no lo tenía por seguro… pero ya que está aquí…

—Podemos hablar, ¿no le parece?

—Lo estoy deseando. Willy, dígame, ¿qué prefiere para beber? ¿O dado su «estado» le está prohibido comer y beber?

El conde soltó una alegre carcajada que, ciertamente, no parecía proceder de ultratumba.

—Mi estado ahora es perfectamente normal —respondió—. Por tanto, aceptaré una copa, Norman.

—Está bien, Willy, el otro día nos separamos sin que usted hubiese terminado el relato de su vida. Por ejemplo, no me contó el detalle de sus amoríos con Arabella Derwent.

—Ah, se ha enterado…

—Estuve en Squelleen Manor. Y también en el cementerio de Harthrop. Vi su tumba. O, por lo menos, la tumba del conde Von Stahren.

—El conde soy yo, Norman.

—Nacido hará unos cuarenta años…

—No, nacido en mil seiscientos ochenta y ocho.

Hubo un largo silencio. Norman había preparado dos high-balls y entregó uno a su visitante.

—Willy, dígame de una vez, ¿qué pretende de mí? —preguntó el dueño de la casa al cabo de unos momentos.

—Deseo morir definitivamente. Aunque entonces todos me tomaron por muerto, no llegué a morir en el estricto sentido de la palabra. Sigo tan vivo como el día en que me bajaron a la sepultura.

—Porque languideció a causa de la pena y el dolor producidos por el asesinato de su amada.

—Sí —admitió Willy.

—Pudo haberse vengado entonces…

La muerte de Arabella me dejó sumido en una especie de estupor, que me impedía reaccionar. Hoy día se le llama shock psíquico, me parece.

Norman asintió.

—Así es —dijo.

—Estuve muchos días sin probar bocado, convertido poco menos que en una estatua en la que apenas alentaba la vida. Al fin, debilitado, me morí.

—Hoy se diría que fue enterrado en estado cataléptico. Pero sin duda reaccionó… aunque me imagino que debió de ser mucho después.

—Oh, no, a los pocos días volví a la vida.

—¿Y no intentó vengarse entonces?

—Yo no podía ejecutar mi venganza. No sé cómo explicárselo, Norman… tenía que encontrar a alguien que me ayudase, pero nadie me creía. Si no es así, no puedo castigar aquel horrible crimen…

—Bueno, bueno, fue un asesinato cometido hace doscientos cincuenta años. Pero ya ha prescrito, como puede comprender.

—Para mí, ese crimen no ha prescrito.

Las cejas de Norman se alzaron súbitamente.

—Oiga, no irá a decirme que el asesino de Arabella también vive al cabo de dos siglos y medio —exclamó.

—Por supuesto que no, pero si vive su descendiente directo.

—Y quiere vengarse en un hombre que no tiene la menor culpa de las atrocidades que pudiera cometes uno de sus antepasados.

—No será venganza, sino justicia.

—A veces, son términos sinónimos —filosofó Norman—. Pero si quiere vengarse en el actual Ballytoe, también pudo hacerlo en alguno de sus antecesores…

—Todos, menos el primero, fueron buenas personas, aunque con sus defectos, claro está. Pero el actual posee las mismas características que el primero. Y emplea también a esbirros y sicarios sin escrúpulos, y ha hecho matar a más de una persona.

—Lo cual viene a significar, más o menos, que cuando ese Ballytoe haya sido suprimido, usted podrá morirse.

Willy asintió con una pálida sonrisa.

—Si es así —añadió Norman—, no cuente conmigo. Comprenderá que no voy a buscar a Ballytoe y pegarle dos tiros lindamente… Ya le dije algo sobre Old Bailey, creo recordar.

—Lo recuerdo perfectamente, Norman. Yo, lo único que le pido es que me crea y trate de ayudarme.

—No veo cómo…

—Ya lo está haciendo. Impida las actividades de Ballytoe y tendré más que suficiente.

—Es un hombre muy poderoso.

—No hay hombre poderoso sin un punto débil.

Norman entornó los ojos.

—Tal vez el punto débil de Ballytoe es… Willy, dígame una cosa.

—Sí, Norman.

—¿Es cierto que en alguna parte de Squelleen Manor hay un cofre lleno de táleros austríacos, de la época del emperador Carlos VI?

Willy sonrió imperceptiblemente. Era una respuesta silenciosa, que encerraba una implícita afirmación.

—Y Ballytoe ambiciona poseer ese tesoro…

De pronto, Willy se puso en pie.

—A decir verdad, Norman, ya empezó a ayudarme —dijo de forma sorprendente.

—¿Cómo? —exclamó el joven, muy intrigado.

—Primero, quiso creer en mi historia y fue a Harthrop y luego a Squelleen Manor…

—Invitado por su dueña, todo hay que decirlo.

—Pero fue, y esto es lo importante. Y, en segundo lugar, asestó un golpe a Ballytoe…

Norman soltó una estentórea carcajada.

—Willy, es usted un tipo magnífico. ¿Cómo he podido asestar a Ballytoe un golpe, si no le he visto en los días de mi vida ni he tenido la menor relación con él?

—Ya ha tenido esa relación con Ballytoe, aunque no de una forma directa. Recuerde a Elkins.

—Ah, trabajaba para él…

—Y le asaltó en plena carretera, para hacerle declarar los motivos de su estancia en el Manor.

—Es cierto. Incluso nos peleamos, pero yo lo derrotó. Luego, Elkins, supongo que furioso, condujo el coche a excesiva velocidad…

—Esto es cierto, pero lo que no sabe usted es que, a pesar de la velocidad, Elkins podía haber evitado el choque contra el camión.

Norman se puso rígido.

—Willy, si usted hizo algo… con sus poderes sobrenaturales…

—No, fue usted, Norman. ¿Recuerda el tiro que se escapó? La bala fue a dar en el coche y averió la dirección. Cuando Elkins quiso virar para eludir la colisión, sólo pudo hacer que girar el volante. Las ruedas continuaron la misma trayectoria… la que acababa en el camión de carga.

Norman se quedó atónito. De repente, le pareció verso envuelto en una niebla muy espesa. Remolinos de vapor se agitaron velozmente a su alrededor durante unos segundos. Creyó haberse convertido en una estatua, pero, en pocos momentos, volvió a la normalidad.

Willy había desaparecido.

Inspiró profundamente. ¿Se trataba de un sueño o había conversado realmente con el hombre que no podía morir?

Sus ojos se fijaron en el vaso medio vacío, que estaba sobre la mesita que había junto al butacón. No, no había sido una ilusión.

Willy había estado allí. Se preguntó cómo era posible que saliese de su tumba a voluntad.

¿Con quién había hecho un pacto para vivir durante doscientos cincuenta años?

Al cabo de unos segundos, llegó a una conclusión. No había que tener demasiada prisa. Presentía que aquel encuentro con el conde Von Stahren no serla el último.

* * *

Al día siguiente, por la tarde, llamaron a la puerta de su casa.

Norman abrió. Habla dos hombres ante la entrada y su aspecto le disgustaron en el acto.

Saltaba a la vista que se trataba de dos matones profesionales.

—¿Es usted Norman Baines? —preguntó uno de ellos.

—Sí. ¿En qué puedo servirles, caballeros?

—Me llamo Clay Friars. Mi acompañante os Bengt Suppy. Deseamos hablar con usted, señor Baines.

Norman se echó a un lado.

—Entren —invitó secamente.

Friars y Suppy cruzaron el umbral. Suppy cerró y quedó junto a la puerta, apoyado en ella y con los brazos cruzados.

—Señor Baines, hace cuatro semanas no hubo ningún accidente de automóvil en Chelsea —dijo Friars sin más preámbulos.

—Por lo tanto, ha mentido —añadió Suppy desde su puesto.

Norman sonrió. Aquellos estúpidos sujetos, pensó, no tenían la menor idea de su magnífica memoria, en ocasiones fotográfica, facultad que le había prestado grandes servicios en su tarea de Investigador y en más de una ocasión.

—¿No ocurrió ningún accidente? —contestó—. Temo, caballeros, que no están enterados de la verdad.

—Hemos hecho pesquisas…

—Puesto que parecen saberlo todo, ¿por qué no van a mi compañía de seguros y solicitan les dejen ver los archivos? El día doce de marzo…

—Estamos a dieciocho de abril. Han pasado más de cuatro semanas —le interrumpió Friars.

—Cuando yo dije cuatro semanas, no mencioné ningún plazo fijo ni una fecha concreta —dijo Norman sin perder la calma—. Además, lo dije hace ya algunos días, de modo que ya han transcurrido cinco semanas desde entonces. Por tanto, mi afirmación es absolutamente verídica. Ese día doce de marzo y en el cruce de Flood Street y Kings Road, lugar situado en Chelsea, como ustedes sin duda no ignoran, colisionaron los coches matrícula WNR 075 S y

KZE 344 I, con el resultado de un herido grave y dos menos graves, más una farola destrozada y un escaparate hecho polvo. El escaparate era de una tienda destinada a artículos de regalo y bisutería de buena calidad. ¿Quieren que les dé, además, los nombres de los testigos que presenciaron el suceso?

Era un accidente auténtico y él lo había investigado. Aunque cuando fue interrogado por primera vez, había dicho una especie de mentira, luego había recordado el suceso, absolutamente real.

Friars y Suppy se quedaron pasmados.

—¡Vaya memorión! —dijo el primero.

—En lugar de cerebro, tiene una computadora —exclamó Suppy.

Norman sonrió.

—Tener buena memoria es esencial en una profesión como la mía —manifestó.

Los dos esbirros reaccionaron.

—En tal caso, no queremos seguir molestándole —dijo Friars—. Pero comprobaremos su Historia.

—Pregunten por el señor Torndaunt, jefe de archivos de mi compañía. Díganle que van de mi parte y él les atenderá con muchísimo gusto —dijo Norman.

—Sí, iremos —gruñó Friars—. Vámonos, Bengt.

Suppy se despegó de la puerta. Norman alzó una mano.

—Por favor, no utilicen el ascensor —recomendó.

—¿Qué le pasa? —preguntó Friars ásperamente.

—Está averiado.

—Nosotros lo hemos utilizado. Adiós.

Friars dio media vuelta y salió, precedido por su compinche. Norman se acercó a la puerta.

El ascensor se hallaba casi frente a su departamento. Suppy caminó oblicuamente y pulsó el botón de apertura. Apenas la puerta se hubo deslizado a un lado, dio dos pasos y se situó en la plataforma.

En el mismo instante, se oyó un terrible chasquido. El ascensor se precipitó hacia abajo.

El grito de Suppy se interrumpió al producirse un terrible estruendo, que hizo vibrar perceptiblemente el edificio. Norman se estremeció.

—«Doce pisos —murmuró.

Friars estaba terriblemente pálido. Volvió la cara y miró al joven con ojos extraviados.

—Se lo había advertido —dijo Norman.

CAPITULO V

—Tome papel y lápiz y anote, por favor —dijo Norman una hora más tarde, con el teléfono pegado a la oreja.

—Está bien, pero, dígame, ¿qué sucede? —quiso saber Augusta Searles.

Norman se lo explicó. Augusta anotó los datos del accidente y luego manifestó que deseaba conocer más detalles del caso.

—También a mí me gustaría conocerlos —respondió Norman, que ya le había explicado todo lo sucedido, incluyendo su primer encuentro con Elkins —. Pero no cabe la menor duda de que están sucediendo cosas que no tienen explicación posible… a menos que se crea en la intervención de fuerzas sobrenaturales.

—«¿Lo cree usted, señor Baines?

—No sé qué pensar. De torios modos, me gustaría hablar con usted más detalladamente. Es decir, si no tiene inconveniente…

—Ninguno —dijo Augusta—. Pero mi casa está lejos de Londres.

—Yo iré a verla, eso no es problema para mí. El sábado próximo, si le parece bien.

—Sí, desde luego —aceptó ella.

Norman colgó el teléfono y se sirvió una copa. Todavía se sentía profundamente impresionado por el accidente que había causado la muerte de Suppy, cuyo cuerpo había aparecido horriblemente destrozado entre los restos del ascensor siniestrado. No acababa de comprender cómo habla podido ocurrir aquella catástrofe.

Ciertamente, no era el único ascensor del edificio, aunque sí el que él utilizaba regularmente. Pero al hallarse averiado, usaba los otros que había en funcionamiento, cuyos accesos se hallaban algo más distantes. Friars y Suppy, sin embargo, habían utilizado el ascensor averiado.

Recordaba la cara de Friars, en la que había visto una expresión de horror insuperable, un gesto de pavor indescriptible… ¿Qué le diría a Ballytoe cuando lo viese?

Porque no tenía la menor duda de que Friars y Suppy habían sido enviados por Ballytoe. Y sólo por no dejar ver sus cartas antes de tiempo, no había mencionado aquel nombre durante la conversación sostenida con los dos matones.

De súbito, se le ocurrió una idea.

Dejó el apartamento y bajó al vestíbulo. Había un par de policías uniformados ante la puerta del ascensor accidentado. El cadáver de Suppy había sido extraído ya hacía rato. En apariencia, todo había vuelto a la normalidad, aunque Norman sabía que los técnicos iniciarían a la mañana siguiente las investigaciones, para hallar la causa del accidente. El conserje, Rod Mullins, se hallaba en su puesto, tras el mostrador. Norman se le acercó y lo vio todavía muy afectado por el suceso.

—¿Cómo está, Rod? —preguntó, solícito.

—Todavía no se me ha pasado la impresión, señor Baines —respondió el conserje—. Fue un susto horrible… y la verdad es que no sé cómo ese hombre pudo utilizar el ascensor averiado.

—A mí también me extraña, Rod —confesó el joven—. Pero, si mal no recuerdo, había un cartelito indicador sobre la puerta…

—Sí, señor, sobre todas las puertas que daban acceso a ese ascensor. Incluso en la de su mismo piso… Ninguno de los inquilinos cometió la imprudencia de usar ese ascensor estropeado…

—¿Vio usted al muerto a su llegada?

—Pues claro, señor Baines. —Mullins sabía que Norman era investigador de una compañía de seguros y no le extrañó que el joven le hiciese preguntas —. Vino él, con otro tipo…

—Y se fueron directamente al ascensor averiado.

—Pues eso es lo que ya no puedo decirle —declaró el conserje—. En el mismo instante, se me acercó la señora Roberts y yo me distraje…

Norman contuvo una sonrisa. La distracción de Mullins era comprensible. Pamela Roberts solía usar unos escotes completamente reñidos con la moderación y en verdad que hasta el más puritano habría cedido a la tentación de contemplar aquel fascinante panorama. Él lo había hecho en más de una ocasión.

—Y ellos se fueron al ascensor averiado… Pero el cartel debía de estar puesto.

—Algún gracioso debió de quitarlo —gruñó Mullins—. Nunca faltan estúpidos capaces de las bromas más pesadas. Seguramente, se quedó escondido tras alguna columna, para divertirse viendo cómo aquellos dos hombres volvían a salir de un ascensor que no funcionaba.

—Pero el caso es que funcionó, al menos de subida.

Mullins se encogió de hombros.

—Eso ya lo dirán los expertos —rezongó—. El caso es que cuando el ascensor se estrelló contra el fondo del pozo, el cartel estaba puesto. Ya le he dicho que yo me distraje unos momentos… Claro que no puedo decirle si en aquellos instantes faltaba el cartel, pero si no es así,, no se comprende que no usaran otro de los ascensores.

—«Indudablemente, así debió de suceder. Pero ¿no vio usted a alguien sospechoso? ¿Observó a alguna persona que actuase de un modo poco regular?

Mullins pareció concentrarse en su memoria durante algunos segundos.

—Bien —respondió al cabo—, ahora que lo dice… Sí, me parece que vi a un hombre merodeando por el vestíbulo, cuando la señora Roberts salía del ascensor…

—¿Puede describirlo, Rod? —solicitó Norman.

—Pues… era un tipo bastante alto, de buena figura… Sí, ahora que recuerdo más detalles… Tenía el pelo rubio, con algunos rizos, como si fuese

un peinado algo antiguo… Los ojos eran muy claros, lo sé porque me miró una vez, pero ya dije que la señora Roberts…

—Me lo imagino —dijo el joven con voz tensa—. Siga, Rod, se lo suplico.

—Ya no sé qué más decirle… 'Ah, sí, tenía la cara completamente blanca, como si hubiese estado mucho tiempo en la cárcel… o como la de un cadáver… Cuando terminé de atender a la señora Roberts, el tipo había desaparecido ya y aquellos dos hombres estaban subiendo a los pisos superiores, aunque yo me imaginé que habrían utilizado otro ascensor…

Norman procuró dominarse. La descripción que Mullins acababa de darle encajaba perfectamente con la de una persona a la que él conocía muy bien.

Esta vez, se dijo, el conde Von Stahren había actuado por sí y no por su mediación.

Sin embargo, las dudas surgían de inmediato. ¿Por qué actuar contra los sicarios de Ballytoe y no contra éste directamente?

Haciendo un esfuerzo, consiguió sonreír.

—Muchas gracias, Rod, ha sido usted muy amable —se despidió.

Volvió a su departamento. Cuando abría la puerta, oyó el timbre del teléfono.

Corrió hacia el aparato,

—Baines —dijo.

—¿Cómo está usted, amigo mío? ¿Reconoce mi voz?

Norman asintió maquinalmente.

—Es una voz inolvidable, señora Grock —manifestó.

—Gracias —dijo ella—. Le he llamado un par de veces, pero no contestaba…

—Había salido unos momentos, señora; le ruego me disculpe.

—Bien, ya no tiene ninguna importancia, puesto que estamos hablando… Solamente quería recordarle algo interesante.

—Nuestro próximo encuentro —sonrió Norman.

—Mañana, a las siete. ¿Le parece bien?

—Me parece de perlas, señora Grock.

* * *

Norman envió por delante un pequeño ramo de flores, bonito, aunque no demasiado ostentoso, ya que no quería dar sensación de ser lo que no era en realidad. El empleo estaba bien retribuido y disfrutaba de una cierta independencia, lo que le permitía satisfacer ciertos caprichos, aunque no era derrochador ni hacía gastos disparatados. Pero con aquel obsequio esperaba quedar bien delante de su anfitriona.

A las siete en punto llamó a una puerta de brillante madera oscura, adornada con herrajes dorados. Una mujer de mediana edad, ataviada con un abrigo de paño y un bolso en la mano izquierda, abrió a los pocos momentos.

—El señor Baines, supongo —dijo.

—Sí, yo mismo.
—Pase usted: la señora le recibirá enseguida. Buenas noches, señor.
—Buenas noches.
Debía de ser la sirviente personal de Thea, que ya se iba, supuso Norman. Cerró a sus espaldas y se encontró en un pequeño vestíbulo, separado del gran salón por un desnivel de metro y medio, y al que se accedía por una escalera en voladizo, situada en el lado izquierdo. Había una barandilla protectora y en la estancia divisó un enorme diván de color fucsia, sobre el suelo de moqueta amarilla. El contraste era agradable, sobre todo por los cuadros de estilos modernos y vivas tonalidades cromáticas, que adornaban las paredes.
En otro lado divisó una barra con el correspondiente servicio de licores. Una cortina, del mismo color que el diván, separaba la pieza de las habitaciones interiores.
Thea surgió de pronto, apartando la cortina con una mano. Norman sonrió al verla, increíblemente atractiva con un vestido de color verde muy oscuro, cuyo escote dejaba muy poco a la imaginación. Prácticamente, sólo quedaban cubiertos los que Norman imaginó rosados vértices de unos senos de perfecta curvatura.
Al caminar hacia él, Thea dejó ver la pierna izquierda hasta la cadera, merced a la abertura del vestido. Norman tomó su mano y la besó galantemente. Luego sacó una agenda y, ante la extrañeza de ella, escribió algunas líneas:
«Voy a tener que aprender a hablar de nuevo. Me ha dejado sin habla.»
Mostró la agenda a Thea. Ella, después de leer, soltó una cristalina carcajada.
—Es usted encantador, amigo mío —dijo, a la vez que se colgaba de su brazo confianzudamente—. ¿Le apetece una copa?
—Si no temiera repetir una tontería, que se dice en muchas ocasiones como ésta, yo le diría que de usted soy capaz de aceptar vidrio molido, con ácido sulfúrico. Por supuesto, acepto esa copa encantado, señora Grock.
Ella le soltó para pasar al otro lado de la barra.
—No le quiero tan mal —dijo maliciosamente—. Pero ¿cuántas veces ha repetido usted ese mismo tópico?
—¿Cuántas veces se lo han dicho a usted?
Ella volvió a reír.
—Como esgrimista, sería usted temible —dijo—. No me extraña que tenga usted tanto éxito en sus conquistas…
—Esto es algo que nunca pregono. Discreción ante todo.
—Sí, que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, ¿verdad?
—En este caso, el dicho no sirve. La mano izquierda sabe lo que hace la derecha, porque las dos suelen estar en la cintura de una mujer.
Thea le entregó un vaso alto, en donde tintineaban un par de cubitos de hielo.
—Terrible —calificó—. Empiezo a sentir miedo. Mc parece ser una pieza

bajo el infalible punto de mira del cazador, al que he cometido la imprudencia de invitar en mi propia casa.

—En todo caso, no me considere como la serpiente que albergó en su propio seno. —Norman bajó la vista —.

Desde luego, si yo fuese serpiente, no podría utilizar mi picadura mortal.

—Nunca se sabe… y prefiero que sea hombre. —Thea abandonó la barra, con su vaso en la mano—. ¿Nos sentamos, señor Baines?

—¿Por qué no me llama Norman?

—La confianza demasiado prematura puede adelantar la derrota —contestó ella intencionadamente.

—¿Es que ya se siente derrotada?

Thea le miró por encima del hombro, mientras atravesaba la estancia.

—Es usted increíble —dijo—. Nunca me había tropezado con un hombre como usted.

—Es que ninguno de los que conoce se llaman Norman Baines.

—¿Se considera único? —preguntó ella, mientras se sentaba y cruzaba las piernas.

—En este momento y a su lado, sí. Dígame, ¿es cierto que no tiene dueño legal?

—No soy casada y eso es todo lo que debe interesarle… Norman.

—No necesito saber más… Thea.

Estaban muy juntos y se miraban fijamente a los ojos. Norman dejó su vaso sobre una mesita que tenía al alcance de la mano y luego intentó abrazarla. Pero Thea le rechazó con gran suavidad.

—No sea… impulsivo, Norman —dijo, sin mostrar enojo—. Dígame, ¿es cierto que fue a Squelleen Manor para investigar un accidente de automóvil?

—¿Lo duda usted?

—Sentía cierta curiosidad… Esa chica, quiero decir, Augusta Searles, no es mujer que se mueva demasiado de su residencia.

—Sí, pero a veces viene a Londres y el día del accidente un policía tomó su nombre y dirección, para declarar en caso necesario. Mis investigaciones me llevaron hasta allí y quise escuchar su versión, eso es todo. De todas formas, creo que pronto tendrá que abandonar el Manor. ¿O me equivoco?

Thea hizo un gesto con la cabeza.

—No, no se equivoca. El Manor está hipotecado —contestó.

—Resulta extraño. Parece una chica en buena posición.

—La culpa no es suya, sino de su padre, que se dedicó a hacer especulaciones disparatadas. Pero, por supuesto, la culpa tampoco es del que hizo el préstamo con la garantía de la propiedad.

—Uh, si, desde luego. Dispense la pregunta, Thea, pero… ¿qué representa usted en la empresa Ballytoe?

—Bien, en ocasiones hago el papel de «relaciones públicas»… otras veces le represento en determinados actos… Digamos que soy una empleada distinguida. Pero mi poder decisorio es muy pequeño. Él toma siempre todas

las decisiones importantes.

—Es lógico —convino Norman. Miró a su alrededor—. Debe de pagarle bien —añadió.

—No me quejo —sonrió ella—. ¿Le comentó Augusta algo sobre mi visita, después de mi marcha?

—No, en absoluto. Yo estaba allí por un determinado asunto y no tenía por qué hacerle preguntas indiscretas ni ella tenía por qué comentar algo que no estaba relacionado con mi visita. Pero si le interesa, le diré que se sentía bastante afectada.

—Me lo imagino. Norman, ¿ha oído hablar usted algo sobre un supuesto tesoro en Squelleen Manor o en sus inmediaciones?

—¿Un tesoro? —Norman fingió sorpresa—. No, en absoluto. Además, yo no creo en esas historias y… en todo caso, el verdadero tesoro está aquí, ante mis ojos…

Una vez más, Norman intentó el asalto. Ahora su tentativa tuvo pleno éxito. Thea no se resistió cuando el brazo masculino rodeó su esbelto talle. Un segundo después, sintió el contacto de unos labios en la piel de su cuello y se estremeció vivamente.

Los labios ascendieron gradualmente hasta encontrarse con los suyos. Entonces, las dos bocas se confundieron en un volcánico beso. Thea alzó los brazos y rodeó el cuello del joven. Y para ambos, todo cuanto les rodeaba desapareció en el ardiente vértigo de la pasión.

CAPITULO VI

La conquista había tenido un éxito pleno y Norman se sentía satisfecho, no tanto por el agradable resultado de la aventura, como por haber conseguido una cierta intimidad con Thea. Ello le permitiría, esperaba, conseguir mayores detalles de las actividades de Ballytoe. Sin saber por qué, presentía que el financiero no jugaba limpio en el caso de Squelleen Manor y quería ayudar a Augusta.

Augusta, se dijo, mientras su coche se acercaba al Manor, era una mujer bien distinta a Thea. A pesar del ardor y la voluptuosidad que había encontrado en Thea, no podía dejar de advertir que, en otros aspectos, era fría y calculadora. La pasión, estimó, no le permitiría cegarse ni abandonar una senda, seguramente trazada de antemano. Era algo que debía tener muy en cuenta, se dijo finalmente, cuando ya refrenaba la marcha ante la puerta principal de la residencia.

La muchacha se hizo visible casi en el acto en el umbral. «Sharko» corrió hacia el recién llegado y le puso las patas sobre los hombros.

—Le aprecia —dijo Augusta, complacida.

—Más vale así —sonrió Norman, a la vez que acariciaba la cabeza del enorme can—. No me gustaría ser su enemigo y… —Alargó una mano—, ¿Cómo se encuentra?

—No puedo quejarme —respondió ella—. ¿Quiere pasar?

—Gracias.

Entraron en la casa. Augusta le condujo inmediatamente hasta el salón, animado por las llamas que ardían alegremente en la chimenea.

—¿Quiere beber algo o prefiere té? —consultó la muchacha.

—Jerez, si tiene…

—Claro.

Norman hizo una pregunta mientras ella llenaba la copa:

—Vinieron a verla para interrogarla sobre el accidente?

—Sí. Les dije todo como usted me había indicado…

—Ah, eran más de uno…

—Dos, y su aspecto no me gustó nada. Parecían malos de película.

—Altos, fornidos y de rostro poco agradable, sin duda. Sin embargo, no se llamaban Friars ni Suppy.

Augusta le miró extrañada.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó.

—Cuando la llamé a usted, acababan de visitarme dos tipos llamados como he dicho. Ya sabe lo que sucedió después.

Augusta asintió. Norman se lo había explicado todo detalladamente al día siguiente del accidente del ascensor.

—Dijeron llamarse Galton Calloway y Luth Anthrim, y estaban investigando el caso, por encargo del abogado de uno de los perjudicados.

Claro que después de lo que usted me había dicho, resultaba fácil ver que mentían, pero no quise dar a entenderles que conocía su impostura.

—¿Le dijeron algo más?

—No. Vinieron solamente a comprobar su historia y se marcharon sin hacer comentarios, muy corteses y amables, a pesar de su apariencia.

Norman se reclinó en el sillón situado junto al fuego.

—Estuve hablando con Thea Grock —manifestó de pronto.

—¡No me diga! —se sorprendió Augusta—. ¿La conocía usted acaso? Porque aquí no dieron muestras de conocerse…

—No, no nos conocíamos, pero yo hice todos los posibles porque así sucediera. Me intrigó su relación con Ballytoe.

—Algunos hombres de negocios tienen bellas mujeres como «relaciones públicas» —dijo Augusta pensativamente—. Personalmente, pienso que Thea es algo más para Ballytoe.

Norman no quiso emitir su opinión sobre el particular, ya que tenía la suya formada. Claro que él había podido representar una variación para aquella hermosa mujer, pero, como fuese, estimaba que lo ocurrido no iba a ser sino algo pasajero, nada definitivo.

—De todos modos, opino que Ballytoe debió enviar a un hombre para visitarla a usted. Al menos, para la misión tan poco agradable…

Norman observó que el rostro de la muchacha adquiría una inusitada expresión de gravedad.

—Sin duda he dicho algo poco agradable. Lo siento —se disculpó.

—No se preocupe. Thea, a fin de cuentas, tenía razón. Antes de dos meses, deberé abandonar esta casa —declaró la muchacha.

—¿No hay otra solución?

—No —contestó—. Ballytoe supo hacerlo bien.

—¿Cómo? La hipoteca es garantía de un préstamo…

—Sí, pero hecho mediante trampas y engaños, por una cantidad muy inferior a la que figura realmente en los documentos. Mi padre se encontró con esa sorpresa cuando ya no había remedio.

—Hay abogados…

—Consultó al suyo y le hizo perder todas las esperanzas. Ballytoe actuó con gran astucia y, como se dice corrientemente, amarrando hasta el cabo más pequeño, para que no se le pudiera escapar la presa.

—En este caso, Squelleen Manor —murmuró Norman—. Pero ¿qué interés puede tener Ballytoe en la propiedad?

—¿No se lo imagina?

—El tesoro del conde Von Stahren —adivinó el joven.

—Exactamente —confirmó Augusta.

* * *

La tarde había transcurrido con cierta rapidez y, para Norman, pese a

algunos de los temas tratados en la conversación, había resultado muy agradable. Por otra parte, había relatado a la muchacha todo lo que le había sucedido desde el día en que se conocieron por primera vez, sin omitir, por supuesto, el encuentro con el hombre que no podía morir.

De pronto, Norman consultó su reloj.

—Creo que se me hace tarde —exclamó.

—¿Vuelve a landres? —preguntó ella.

—Claro, vivo allí…

—Se está haciendo de noche. Yo tengo automóvil, pero siempre que puedo, evito los viajes nocturnos. No me gusta viajar en la oscuridad.

—Yo estoy acostumbrado. Por mi profesión, tengo que moverme* mucho —sonrió Norman.

—Oe todos modos, y si no le importa, me gustaría invitarle a cenar. Luego puede quedarse aquí. La habitación de mi padre está libre y a él no le importaría saber que he tenido un huésped.

—Augusta, no quisiera molestarla más.

—Por favor… —Ella le miró críticamente—. Ya me doy cuenta de que no ha venido prevenido para un fin de semana, pero arriba hay algunas prendas de ropa de mi padre. Más o menos, son de la misma figura y podré dejarle un pijama, unas zapatillas y una bata. Incluso puede usar su maquinilla de afeitar, aunque no puedo prestarle un cepillo de dientes.

Norman rió moderadamente.

—No pasará nada por una noche sin lavarme la dentadura —contestó—. Acepto encantado y se lo agradezco muy sinceramente.

—Para mí será un placer —declaró la joven. Y ya se ponía en pie, a fin de encargar un cubierto más para la cena, cuando, de pronto, Norman le hizo una pregunta.

Augusta vaciló primero y luego movió la cabeza negativamente.

—Debo admitir que sí, hubo un tiempo en que creí en la existencia del tesoro y hasta lo busqué por todas partes, pero, al fin, llegué a la conclusión de que no era más que una leyenda —contestó.

—Quizá otros no lo crean así —dijo Norman.

—¿Quiénes? —preguntó ella, intrigada.

—Ballytoe… y Thea Grock.

Augusta calló unos instantes. Luego, lentamente, dijo:

—Es posible que tenga usted razón. Norman. O si no, no se comprendería tanto interés por esta propiedad.

* * *

Algo le impedía conciliar el sueño. Habíase dormido casi de inmediato, apenas se metió en la cama, pero al cabo de un par de horas y por alguna causa inexplicable, se había despertado súbitamente y estaba completamente desvelado.

Continuamente daba vueltas en el lecho, buscando una posición más cómoda que le permitiera volverse a dormir. Al fin, aburrido y hasta enojado consigo mismo, apartó a un lado las ropas, metió los pies en las zapatillas y se puso la bata.

Encendió un cigarrillo. Luego, lentamente, se acercó a la ventana. Abrió despacio, en silencio, para no despertar a los moradores de la casa. Esperaba que el aire fresco de la noche despejase su cabeza y relajase sus nervios. No era propicio al insomnio y jamás había tomado un sedante, pero aquella noche no acababa de comprender por qué se había desvelado tanto.

De repente, le pareció ver una luz a lo lejos.

Harthrop, a unos dos kilómetros, estaba completamente a oscuras. La luz se movía hacia la derecha, a unos quinientos metros de la aldea. Otra luz se encendió y se movió oscilantemente. De pronto, se apagó un instante, para encenderse de nuevo con gran rapidez. Norman adivinó que alguien había pasado por delante del foco de luz.

Entonces, súbitamente, adivinó el lugar en que se habían encendido aquellas luces. ¿Quién estaba en el cementerio?

Sintióse acometido por una irrefrenable curiosidad. Aquellas horas, se dijo, no eran las más propicias para merodear por un cementerio, a menos que se hiciese algo que no debiera trascender públicamente. Movido por aquel irresistible impulso, cerró la ventana, corrió las cortinas y encendió la luz para vestirse sin dificultades.

Momentos después, estaba en el corredor. Entonces, con enorme asombro, vio a Augusta que salía también de su dormitorio.

—¿Qué hace aquí, Norman? —preguntó ella.

—Apuesto a que estamos en las mismas circunstancias —dijo el huésped —. ¿Ha visto luces en el cementerio?

—Sí… Me he sentido muy curiosa de pronto…

Norman sonrió.

—Creo que yo también siento una enorme curiosidad —dijo—. ¿Vamos?

Y «Sharko» se despertó cuando llegaban a la planta baja. Norman aconsejó a la muchacha dejar al can en casa.

—Puede protegernos, en efecto, pero si actuamos con discreción, no nos verán —explicó—. En cambio, con «Sharko» podríamos vernos en apuros, si le diese por sentir hostilidad hacia alguien.

—Sí, tiene usted razón.

Salieron de la casa. Augusta guió al joven por un sendero que se apartaba un tanto de la carretera. La luna aparecía y desaparecía irregularmente entre las nubes que se movían con cierta rapidez en el cielo. La temperatura, aunque baja, era soportable.

Antes de media hora, se hallaban en las inmediaciones del cementerio. Augusta eligió un gran arbusto como escondite. El cementerio no era un recinto cerrado, de modo que podían ver perfectamente los menores movimientos de las personas que se encontraban en aquel lugar.

Entonces, Norman y Augusta presenciaron un increíble espectáculo.

* * *

Había cuatro hombres y una mujer. Tres de los hombres se movían activamente, ejecutando un insólito trabajo, cuya utilidad no tardó Norman en comprender.

El cuarto hombre y la mujer permanecían Apartados a un lado, contemplando la labor de los otros. Dos grandes faroles eléctricos, en el suelo, prestaban suficiente iluminación a la escena.

Norman no había visto nunca a Ballytoe, pero adivinó de inmediato su personalidad. Thea estaba a su lado, vestida con un chaquetón corto, de piel, y pantalones muy ajustados y botas de media caña. Ballytoe sacó del bolsillo de su abrigo un frasquito de metal, lo abrió y ofreció a la mujer, pero ella rechazó el ofrecimiento con un breve movimiento de cabeza.

Los otros tres terminaban de colocar en aquel momento una especie de cabria, hecha con tres largos maderos, unidos en la cúspide, de la que pendía un juego de poleas, con cuatro cadenas, provistas de sendos ganchos al final. Uno de ellos se arrodilló y, con una barra de hierro, hizo un agujero debajo de la lápida que cubría la tumba del conde Von Stahren.

Entonces, uno de los hombres se acercó a Ballytoe.

—Creo que ya he terminado mi labor aquí —dijo—. Lo que suceda a continuación ya no me importa en absoluto.

—Tiene usted razón, amigo mío —contestó Ballytoe. Metió la mano en el bolsillo y sacó algo—. Aquí tiene su paga. Por supuesto, espero que sabrá guardar silencio.

Sonó una risita.

—Cuando es preciso, soy más mudo que el que está ahí abajo —declaró el individuo.

—Es Tubbs, el alguacil de Harthrop —dijo Augusta, con los labios pegados a la oreja del joven—. Un tipo desaprensivo…

—Sí, eso explica su presencia aquí. Ballytoe no tiene motivos legales para solicitar un mandato de exhumación y, además, si lo hiciera, se divulgarían los motivos, cosa que no le interesa en absoluto.

—¿Acaso ha llegado a saber que el tesoro está en la tumba? —murmuró la joven preocupadamente.

—Pronto lo sabremos —respondió Norman.

Los agujeros bajo la lápida estaban ya hechos. De pronto, uno de los operarios situó su rostro de cara a una de las lámparas.

—Es Friars —dijo Norman, sorprendido.

—El otro os Calloway —anunció la muchacha.

Los ganchos fueron situados bajo la pesada losa. Luego, Friars y Calloway se dispusieron a hacer funcionar el aparejo.

Después de algunos esfuerzos, la lápida empezó a separarse de su

emplazamiento. Norman se dio cuenta de que sólo el empleo del motón permitía alzar aquella pesada losa. Al fin, después de unos minutos que lo parecieron inacabables, vio al descubierto un negro hueco de unos dos metros de largo por uno de ancho.

—¡Bien, al fin vamos a poder comprobar mis teorías!

En el fondo de la sepultura se veía un ataúd negro, cuyo brillo había desaparecido con el paso de los años. Friars se inclinó, agarró una de las lámparas y la enfocó hacia abajo, a fin de disponer de una mejor iluminación.

—Galton, anda, levanta la tapa del féretro —ordenó Ballytoe.

Calloway saltó al fondo de la tumba, en la que había espacio suficiente para poner los pies junto al féretro. Tanteó unos momentos y luego alzó la cabeza.

—Los herrajes están muy oxidados —informó.

—Rompe las tablas, es la única solución —dijo Friars, a la vez que le entregaba una barra de hierro.

Calloway hizo un gesto de asentimiento y, agarrando la barra, introdujo uno de sus extremos en un intersticio causado por el paso de los tiempos. La madera crujió casi en el acto.

Una larga tabla fue apartada a los pocos momentos. Calloway continuó su tarea, hasta destrozar por completo la tapa del féretro.

Entonces, se oyó una exclamación unánime, que reflejaba el asombro de todos los que se hallaban junto a la sepultura:

—¡El ataúd está vacío!

Hubo un momento de desconcierto. Ballytoe emitió un gruñido de cólera.

—Eso es imposible. Tendrían que quedar algunos huesos, jirones de la ropa…

—Mírelo usted mismo —indicó Calloway—. No hay nada, absolutamente nada, señor.

Ballytoe se inclinó un poco hacia adelanto. La luz de la linterna era más que suficiente para poder comprobar las afirmaciones de su esbirro.

—A ver —ordenó, pasados unos segundos—, aparta el ataúd.

—Sí, señor.

El suelo que había inmediatamente bajo el féretro estaba completamente liso, sin la menor señal de que allí se hubiese practicado alguna excavación para ocultar el cofre con el oro del conde. Era un suelo duro, perfectamente apisonado, que no dejaba lugar a dudas.

—Está bien —dijo Ballytoe, tratando de ocultar la decepción sufrida—. Deja todo como está, Galton. —Se volvió hacia la mujer—. Será preciso esperar a que podamos entrar sin compromisos en el Manor.

Thea hizo un gesto afirmativo.

—Sí, será lo mejor —convino—. La idea de examinar la tumba era buena, pero no ha tenido éxito.

—No hubiese dormido tranquilo, si no lo hubiese comprobado con mis propios ojos —respondió Ballytoe.

Calloway acababa de dejar el féretro en su primitiva posición y las tablas de la tapa como estaban antes de arrancarlas a golpes. Terminada su labor se dispuso a salir fuera de la tumba. Entonces, se oyó un chasquido.

Thea lanzó un grito, alarmada. Calloway alzó la cabeza y un chillido de horror se escapó de sus labios. Pero fue un sonido que duró una cortísima fracción de tiempo, el empleado por la losa en su fulgurante e inesperado descenso. La enorme lápida de piedra aplastó el cráneo de Calloway con tanta facilidad como si hubiera sido una cáscara de nuez y luego, con sordo estruendo, volvió a ocupar su puesto en la tumba.

CAPITULO VII

Norman agarró el brazo de Augusta, oprimiéndolo con fuerza, a fin de indicarle que debía guardar un silencio absoluto. La joven se sentía aterrorizada por lo que acababa de presenciar, pero, al mismo tiempo, el instinto le decía que era preciso continuar manteniendo la discreción observada hasta aquellos momentos.

Ballytoe, Thea y Friars parecían atontados, paralizados por el estupor que les había producido la caída de la losa. Sorprendentemente, ella fue la primera en reaccionar.

—Vamos —exclamó—. Aquí ya no hacemos nada.

—Pero, Galton…

—Está muerto. Para él ya no hay remedio —dijo Thea fríamente—. Puede que parezca despiadado hablar de este modo, pero es la pura realidad.

—Sí, tienes razón —murmuró Ballytoe, que aparecía profundamente impresionado por lo sucedido—. He oído con toda claridad el golpe de la losa contra el cráneo. Es imposible que el pobre Galton haya podido sobrevivir.

—Y… ¿vamos a dejar ahí su cadáver? —preguntó Friars, todavía no repuesto por completo.

—¿Qué mejor sitio? —Contestó Thea, con cínica sonrisa—. Eso nos ahorra quebraderos de cabeza y gastos de entierro. ¿No te parece, Barry?

—Sí. Clay, la señora Grock está en lo cierto. Ya no podemos hacer nada por el pobre Galton.

—El aparejo…

—Tubbs se encargará de retirarlo, no te preocupes.

Friars agarró las dos lámparas, una de las cuales había apagado ya. Empezó a andar, pero, de súbito, detuvo su marcha y se volvió hacia la pareja.

—¿Saben?, este asunto no me gusta en absoluto —declaró.

—¿Por qué, Clay? —quiso saber Ballytoe.

—No lo sé… pero parece como si alguien nos hubiera echado una maldición. Cada vez que hacemos algo en este asunto, uno de nosotros muere de mala manera. Primero fue Elkins… Se quedó para hablar con el investigador y acabó debajo de un camión. Luego, Suppy y yo usamos un ascensor averiado… Cristo, todavía se me ponen los pelos de punta cada vez que pienso que aquel maldito ascensor pudo haberse caído con los dos dentro…

Friars se pasó una mano por la cara cubierta de sudor.

—Y ahora, Galton… Señor Ballytoe, ¿está seguro de que en todo esto no intervienen las brujas?

Ballytoe soltó un bufido.

—No seas estúpido, Clay —rezongó—. Ellos tuvieron mala suerte, eso es todo.

—Pero llevábamos años con usted y nunca nos había pasado nada, hasta

que se le ocurrió este desdichado asunto…

—¡Basta, Clay! —cortó Thea imperativamente—. Si no te gusta, puedes dejarnos. No moveremos un solo dedo para retenerte, ¿entendido?

Friars suspiró.

—Sabe demasiado que tengo que seguir junto a los dos —contestó melancólicamente.

Norman y Augusta continuaban en el mismo sitio. Al cabo de unos momentos, oyeron el ruido de un automóvil que se alejaba del cementerio, en busca de la carretera que conducía a Londres.

Entonces, Norman se irguió y tendió una mano a la muchacha. Augusta se levantó también.

—Horrible —calificó.

—Sí —admitió él, a la vez que echaba a andar hacia la tumba del conde.

Ella le siguió. Norman estudió el aparejo, que había quedado abandonado en la tumba. La caída de la lápida había sido algo fortuito, debido, sin duda, a un defecto del retén del Juego de poleas. Y también, estimó, debido a la impericia de los hombres que lo habían hecho funcionar.

De repente, agarró con ambas manos el cable y empezó a tirar hacia arriba.

—Norman, no… —empezó a decir Augusta, pero él no le hizo caso y, haciendo fuerzas, continuó su tarea, hasta que la losa volvió a quedar fuera de su emplazamiento.

—Ponga el retén, Augusta —pidió—. Si, esa palanquita… Así, muy bien. No mire, por favor —aconsejó.

La lápida había quedado ahora a medio metro de la sepultura. Norman se arrodilló y encendió un fósforo. La llama alumbró el rostro ensangrentado del hombre que yacía atravesado oblicuamente sobre el ataúd.

Calloway no se movía. Resultaba indudable que el impacto de aquella pesada losa de granito le había roto el cráneo instantáneamente.

—La sepultura tiene metro y medio de profundidad, un poco más —murmuró, como si hablase consigo mismo—. La cabeza de Calloway sobresalía lo justo para no poder evitar el golpe de una caída desde no más de otro metro. Pero no fue un simple palo o una piedra de poco tamaño, sino una losa que tal vez pese media tonelada.

—Apártese —dijo Augusta, aprensiva—. No quiero que a usted le suceda lo mismo…

Norman se enderezó y se inclinó un poco, para limpiarse maquinalmente las rodilleras de los pantalones.

—Hemos de volver a casa—dijo.

—¿Y el cadáver…?

—No podemos hacer otra cosa que dejarlo donde está. ¿De qué serviría informar a las autoridades? En Harthrop, ese venal alguacil es la ley y podría ponemos en un compromiso, para salvarse a sí mismo. Y, bien mirado, ni siquiera a Ballytoe se le puede culpar de nada. Ha sido un accidente, eso es todo.

—Un accidente —repitió Augusta pensativamente—. Todos fueron accidentes: Elkins, Suppy… Calloway ahora… Empiezo a pensar que Friars tenía razón. Somos víctimas de un maleficio…

—Ellos, no usted —puntualizó Norman.

—Yo también —insistió la muchacha—. ¿O no recuerda ya que muy pronto deberé abandonar mi casa?

Norman guardó silencio. La pérdida del Manor no se debía a un maleficio, sino a una desgraciada especulación. Allí, la brujería o lo que fuese, no había intervenido para nada. Simplemente, se habían enfrentado un hombre nada ducho en los negocios y un despiadado «tiburón», que no había tenido la menor dificultad para comerse a su víctima.

Pero la pregunta que aquella reflexión sugería llenaba de dudas su ánimo, aparte de surgir inevitablemente:

—Si Ballytoe es un hombre de tanta posición, inmensamente rico, ¿por qué tiene tanto empeño en encontrar un tesoro que, a lo sumo, puede reportarlo cien o doscientas mil libras?

Había hablado en voz alta, sin darse cuenta, y Augusta oyó sus palabras.

—Para ciertos hombres, el dinero no es suficiente. Necesitan algo más que pueda satisfacer plenamente su «ego».

—¿Qué, Augusta?

—El poder… que les proporciona el infinito placer de humillar a quienes no pueden oponerse a sus designios —contestó la joven.

* * *

Cansado, con la mente llena todavía de las escenas presenciadas, Norman entró en su habitación y encendió la luz. Ahora se tomaría un par de buenas copas, lo que le ayudaría a conciliar el sueño, cosa de la que estaba muy necesitado.

De pronto, se detuvo en seco.

Willy estaba sentado en un sillón, contemplándole con la sonrisa en los labios.

—¿Sorprendido? —preguntó.

Norman hizo un gesto negativo.

—Nuestros encuentros empiezan a convertirse ya en algo corriente, casi rutinario, diría yo. ¿Sabes de dónde vengo? —le tuteó.

—Sí, claro. También sé lo que ha pasado allí.

—Oh, es cierto, lo olvidaba… Eres un fantasma…

—Según tu punto de vista, si, lo soy. Pero la definición, de todos modos, es incorrecta.

—Como quieras. ¿Me permites? —Norman se acercó a una consola, en la que había un frasco de vidrio y un par de copas—. Necesito un trago.

—Lógico, después de lo que ha pasado. ¿Qué opinas, Norman?

El joven demoró su respuesta unos segundos, lo necesario para vaciar la

primera copa. Volvió a llenarla y se enfrentó de nuevo con su espectral visitante.

—El féretro estaba vacío —dijo.

—Claro, yo no estoy allí, sino aquí.

—Pero te enterraron…

—Y salí de mi tumba.

—¿Cómo? Me gustaría saber…

—Algún día te lo contaré —le interrumpió Willy—. Pero, aunque no lo creas, me estás prestando una ayuda muy valiosa.

Norman le miró fijamente.

—Tú quitaste los rótulos que indicaban la avería del ascensor —dijo.

Willy sonrió.

—Sí —admitió.

—Pudieron haber muerto personas inocentes…

—No tenía que morir nadie que no tuviese algo que ver con el asunto y de éstos, sólo aquellos cuyas intenciones no tenían nada de honestas.

—Willy, tú dices que yo te estoy ayudando, pero la verdad es que no veo la ayuda por ninguna parte. Todo te lo haces tú y mi único papel es el de espectador.

—Te diré una cosa, Norman. Eres el único que ha dado crédito a mis palabras… He hablado con más de uno y a todos les hice la misma petición, pero nadie creyó en lo que le contaba. Uno, incluso, me arrojó encima un balde lleno de gasolina, gritando a voz en cuello que el fuego era lo único que ahuyentaba a los fantasmas. Pobrecillo, tuvo que pasarse unos meses en una clínica… —Willy rió suavemente—. Pero ahora sí, creo que por fin podré morirme y descansar tranquilamente en mi tumba.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta que fue excavada hace doscientos cincuenta años. —Norman bebió otro largo trago—. Me pregunto por qué has esperado tanto tiempo para vengarte de un Ballytoe.

—¿No te lo había dicho? El hijo del que ordenó el asesinato de mi prometida resultó ser una excelente persona, y lo mismo sus descendientes…

—Sí, algo me contaste sobre el particular. Tuvieron sus defectillos, pero no fueron ríalos.

—En cambio, el actual Ballytoe es un demonio.

—Eso me da la idea de un pacto… ¿con quién, Willy?

Hubo un instante de silencio. Norman estudiaba atentamente las reacciones de Willy.

—Hay una justicia que no es de este mundo —dijo Willy al cabo con grave acento—. No es de este mundo —repitió—, y, sin embargo, actúa terrenalmente. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, pero… doscientos cincuenta años, son muchos años. ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?

—Oh, he viajado incansablemente… He recorrido el mundo entero, bajo distintos aspectos, cambiando de identidad cuando era preciso…

—Y siempre esperando que llegase el momento de tu venganza.

—Mí venganza será justicia y cuando eso ocurra, tú lo comprenderás a la perfección.

—Algo oscura es esa respuesta —se quejó Norman.

—Es la adecuada —afirmó Willy.

—Pero, no comprendo… ¿Qué ayuda puedo prestarte yo? ¿Qué he hecho hasta ahora para ayudarte?

—Has creído en mí, y aunque no lo has pensado siquiera todavía, estás tratando de ayudar a una persona inocente —respondió Willy.

Norman dio un paso hacia su visitante. De pronto, se encontró envuelto en una espesa niebla. Torbellinos de vapor giraron vertiginosamente a su alrededor y un sueño invencible le hizo flaquear. Apenas se dio cuenta de que, tambaleándose, caía sobre la cama.

CAPITULO VIII

Norman permaneció en Squelleen Manor durante la mayor parte del día siguiente. Después del almuerzo, se despidió de la muchacha y regresó nuevamente a Londres.

—Voy a investigar sobre su problema —dijo.

—No lo haga, perdería el tiempo —aseguró Augusta.

—Sí, ya me dijo que su abogado afirma se trata de un caso inatacable, pero también entiendo un poco de estos asuntos. Aunque parezca lo contrario, mi profesión me obliga a meter la nariz en cosas generalmente poco agradables. A fin de cuentas, tengo que defender los intereses de mi compañía, que pueden verse perjudicados si no se actúa diligentemente.

—Pero ¿cómo…?

—No se preocupe, ya encontraré alguna solución —se despidió Norman con una sonrisa de ánimo dirigida a la preocupada muchacha.

Apenas llegado a Londres, inició sus investigaciones. En un par de días, adquirió una enorme cantidad de datos sobre Ballytoe. Las informaciones conseguidas al respecto le hicieron ver al sujeto desde una nueva perspectiva.

Veinticuatro horas más tarde, localizó a Friars.

El sujeto estaba en una taberna, conversando con unos amigos, en torno a unas jarras de cerveza. Los amigos de Friars no parecían tener mejor catadura. Ciertamente, pensó Norman, era lógico esperar semejantes amistades en un tipo como el esbirro de Calloway.

Paciente, aguardó unos minutos, sentado ante una mesa. De pronto, Friars pareció sentir una mirada fija en él y volvió la cabeza.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Norman sonrió amablemente, a la vez que le hacía una seña disimulada.

Friars se levantó.

—Usted me busca —dijo.

—Lo ha adivinado —admitió Norman, a la vez que le enseñaba una silla —. Siéntese y pida lo que quiera.

La nuez de Friars subió y bajó un par de veces, con visibles espasmos. Norman captó su turbación y llamó al camarero.

—Tráigale un doble, por favor —pidió.

Friars despachó el contenido del vaso en un par de rápidos tragos. Luego juntó sus manos nerviosamente.

—Está bien —dijo—. ¿Qué quiere de mí?

—Información, Clay.

—Sobre Ballytoe, supongo.

—Sí.

—Trabajo para él. Me paga bien. ¿Cree que voy a traicionarle?

—Es cuestión de puntos de vista. Si usted es discreto, Ballytoe no tendrá por qué saber nada.

Friars frotó los labios con fuerza.

—Eso costaría algún dinero… —apuntó.

—Ni un penique. —Norman se echó hacia atrás en su silla, a la vez que ponía un cigarrillo en sus labios—. Recuerdo una cabria, una losa que cayó inesperadamente, aplastando un cráneo…

La cara de Friars adquirió súbitamente el color de la ceniza.

—Usted… lo vio…

—Sí, lo vi.

Hubo una pausa. Las manos de Friars temblaban convulsivamente.

—Es usted un brujo —murmuró—. Cada vez que uno de nosotros fue a verle, murió…

—Esas muertes no se me pueden achacar, Clay. Fueron accidentes.

—Sí, pero no tenían que haber sucedido.

—No habrían sucedido, si Ballytoe se hubiese estado quieto.

—Ese hombre… A veces pienso que está loco…

—¿Y sigue trabajando para él?

Friars hizo un gesto de mal humor.

—Paga bien —se disculpó.

—Algunas veces pagó, hizo pagar, mejor dicho, con una bala.

—Yo nunca hice nada de eso —protestó el sujeto.

—Eso significa que Ballytoe tiene sus ejecutores personales.

—No he dicho nada. Lo negaré todo…

Norman sonrió.

—No quiero comprometerle, Clay —dijo—. Sólo quiero su ayuda.

—Usted me da miedo… Parece como si tuviera poderes sobrenaturales… —murmuró Friars con voz temblorosa.

—Soy un hombre como usted, Clay. Dígame: ¿cómo puedo llegar hasta la caja fuerte de Ballytoe?

Friars le dirigió una larga mirada.

—Conque era eso —murmuró.

—Sí —admitió el joven sin pestañear.

Friars guardó silencio durante unos segundos. Al fin, dijo:

—Mire, yo soy solamente un hombre que hace a veces cosas que no le gustan demasiado, pero la vida… Usted me comprende, ¿no?

—Desde luego, Clay. Siga.

—La única persona que podría decirle algo es Olga Nevers. Es todo cuanto puedo hacer por usted.

—¿Quién es Olga Nevers? —preguntó Norman.

—La secretaria personal de Ballytoe. Ella conoce la combinación. Ya la he visto abrir la caja fuerte en más de una ocasión. Ballytoe confía mucho en esa mujer.

—Creí que Thea…

—¿La señora Grock? Oh, también debe de conocer la combinación, pero ella se dedica a otros trabajos. Hable con Olga. Si no lo consigue de ella, no lo

conseguirá de la señora Grock. Es demasiado astuta y taimada… y aún más despiadada que mi jefe.

Norman sonrió al escuchar aquellas palabras. Estuvo a punto de hacer un comentario cáustico, pero prefirió callar.

—Gracias, Clay.

—Oiga, quiero pedirle un favor… —dijo el sujeto tímidamente.

—Por supuesto. Hable sin temor.

—Recuerde que yo… yo le he ayudado… No… no me haga nada…

—Si me ayudas, te dejaré en paz —dijo Norman, magnánimo. Sacó un papel, escribió unas cifras y se lo entregó a su interlocutor—. Llámame por teléfono sí tienes alguna noticia interesante.

—Sí, le llamaré…

Norman salió a la calle, satisfecho de la entrevista. Habla podido darse cuenta de que su sola presencia impresionaba profundamente a Friars, hasta el extremo de llenarle de terror. Por tanto, estimó lógico que debía aprovechar aquella circunstancia para abrir la primera brecha en las que estimaba recias defensas de Ballytoe.

Ahora, se dijo, era cosa de localizar a Olga Nevers y conquistar sus favores. En la caja fuerte de Ballytoe debía de haber, sin duda, documentos de mucho interés, que quizá podrían solucionar el problema de Squelleen Manor.

* * *

El hombre salió del despacho en el que había permanecido durante unos minutos y miró con interés el escote de la secretaria, que aparecía sentada detrás de su mesa.

—Me gusta el panorama —dijo.

Oiga Nevers le sacó la lengua.

—No se hizo la miel para la boca del asno —contestó.

—Entonces, es que lo que estoy viendo no es miel, sino basura: relleno artificial y mucha trampa —dijo el sujeto despectivamente.

Cruzó el antedespacho. En la estancia siguiente, había otro hombre.

—El jefe te ha dado un encargo, Grant —murmuró Friars.

—Ocúpate de tus asuntos, zoquete, y deja que yo me encargue de los míos.

—Oh, sí, claro… Pero por nada del mundo consentiría yo en echarte una mano.

—Tampoco te necesito —dijo Grant Cutt despectivamente.

—Quizá más de lo que te piensas, aunque no te acompañe. Apostaría algo a que vas a visitar a un tipo llamado Norman Baines.

Cutt se puso rígido en el acto.

—No he mencionado ningún nombre —declaró en varadamente.

—Es que yo soy adivino —dijo Friars con plácida sonrisa—. De todos modos, si quieres un buen consejo, no vayas a ver a Baines.

—Estás loco… ¿Quieres que vuelva y se lo diga al jefe?

Friars se encogió de hombros.
—Como gustes. Yo sabía que tú ibas a venir y se lo he advertido, pero él no me ha hecho caso. Por cierto, te acompaña Sammy Egan, ¿no?
—Clay, sí no dejas de meterte en mis asuntos, te aplastaré la nariz…
—No lo intentes siquiera, te costaría caro. Pero recuerda que te lo he advertido. Baines es un brujo.
Cutt soltó una fuerte risotada.
—Estás loco —dijo—. Ya no hay brujos…
—Te recuerdo a Elkins y a Suppy. —Friars no quiso mencionar a Calloway, ya que era un asunto que podía ponerle en un compromiso—. Los dos hablaron con Baines y ahora están muertos. Piénsatelo bien, Grant.
Cutt lanzó un bufido y se marchó. Friars le miró casi con pena.
—Pobre, no sabe dónde se ha metido…
Abandonó el cuarto y pasó al antedespacho, sentándose displicentemente en un ángulo de la mesa ocupada por la secretaria.
—Te invito a cenar, Olga —dijo.
Ella hizo una mueca.
—Llegas tarde, buen mozo. Ya tengo compañía —con testó.
—¿De veras?
—Sí. Es un muchacho muy agradable y bien educado.
—Vamos, un encanto de hombre —rió Friars.
—No lo dudes, Clay.
—¿Le conozco?
—No lo creo. Se llama Baines… pero eso, ¿qué puede importarte a ti, estúpido?
Friars contempló con ojos críticos el profundo escote de la mujer y sonrió ladinamente. —No, no me importa nada —convino.

* * *

Norman se disponía a salir de su casa, cuando sonó el teléfono. Inmediatamente, lo levantó y dijo:
—Habla Baines.
—Soy Friars. Tengo noticias para usted, señor Baines.
—¿Interesantes?
—Mucho. Pronto van a visitarle dos tipos.
—¿Sabes de qué se trata?
—No, pero cada vez que Grant Cutt ha estado en el despacho de Ballytoe, alguien ha muerto.
—Gracias, Clay, lo tendré en cuenta. Procuraré cuidarme…
Friars soltó una risita.
—Son ellos los que deben cuidarse —dijo antes de colgar.
Norman se quedó profundamente preocupado. ¿Por qué quería Ballytoe quitarle de en medio?

De pronto, se le ocurrió pensar que un hombre como Ballytoe debía de contar con buenas fuentes de información. Indudablemente, había visto en él un peligro para sus planes de apoderarse de Squelleen Manor y quería evitarlo a toda costa.

Salió de casa, lleno de aprensiones. Había quedado de acuerdo en cenar con Olga Nevers y temía que la velada, fin en la que tantas esperanzas había puesto, fracasase.

Le había costado unos cuantos días ganarse la confianza de la joven, recurriendo a una táctica parecida a la empleada con Thea Grock. Pero, al fin, sus esfuerzos estaban a punto de dar los frutos apetecidos.

Haciendo de tripas corazón, procuró mantener una actitud alegre y ocurrente. Olga era una mujer con muchos atractivos y con una notable experiencia en todos los aspectos de la vida. Pero también era sensible a los halagos y cuando Norman, al final de la velada, le pidió que ella le invitase a tomar una copa en su casa. Oiga accedió sin demasiados remilgos.

Hacia las once de la noche, entraban en el apartamento de Olga. Ella preparó las copas. Norman tomó unos sorbos y luego, de súbito, la abrazó apasionadamente.

—Vaya, parece que te has tomado las cosas en serio —dijo Olga.

Norman sonrió, sin romper el contacto.

—Eres una mujer que me ha hechizado desde el primer momento —manifestó ardorosamente.

Pero cuando ya buscaba sus labios, Olga puso una mano ante la boca.

—Sólo me pediste una copa —le recordó.

—Bueno, es lo que se suele pedir en estos casos…

—¿Es que has tenido muchos «casos» en tu vida?

—Algunos, claro. No voy a presumir ahora de puritano…

—Entonces, me consideras uno de esos casos.

—Olga, no divaguemos, por favor.

Ella sonrió maliciosamente y acabó por rechazarle, poniéndole ambas manos sobre los hombros.

—Vas demasiado aprisa —dijo—. Ya has tomado tu copa. Otro día… veremos lo que sucede.

—¿Cuándo? —preguntó Norman ávidamente.

Olga hizo un gesto ambiguo.

—Llámame mañana por teléfono —indicó.

—Lo haré, descuida.

Norman se apoderó de la mano de la joven y depositó en su palma un ardiente beso. Con gran satisfacción, notó el leve estremecimiento que recorría el cuerpo de Olga. No tardaría en rendirse, pensó.

CAPITULO IX

Cuando llegó a su casa, había pasado ya la media noche. Abrió la puerta y tardó un par de segundos en darse cuenta de que la luz, que él había dejado apagada, estaba encendida. Entonces fue cuando vio a los dos sujetos que le aguardaban.

Grant Cutt le apuntaba con un revólver de cañón corto. Era un hombre de mediana estatura, que en cualquier parte habría podido pasar por un oficinista sin relieve. El otro era más voluminoso, de labios gruesos y cráneo casi completamente mondo.

—Pase, Baines, pase —dijo Cutt, amablemente.

—Si buscan dinero, no tengo —manifestó el joven con seco acento.

—No queremos dinero —declaró el otro sujeto.

—Ya nos pagan bien —añadió Cutt.

—Por asesinar a la gente, me imagino.

Cutt se encogió de hombros.

—También hacemos otras cosas —respondió—. Sammy, ¿quieres empezar?

—Con mucho gusto —accedió el interpelado.

Metió la mano en el bolsillo y sacó unos nudillos de metal. Norman palideció.

—Oigan, ¿qué es lo que pretenden…?

El gordo le puso la mano izquierda en el hombro, a la vez que acercaba a su cara los temibles nudillos de acero.

—¿Qué interés tiene usted en Augusta Searles? —preguntó.

—¿Yo? Bueno, es una chica guapísima… Me gusta mucho, eso es todo.

—Augusta Searles no presenció jamás un accidente en Chelsea —dijo Cutt desde su sitio.

Baines guardó silencio un instante. Sí, ya no cabía la menor duda. Ballytoe había hecho investigaciones. Era hombre que no dejaba un solo cabo suelto.

—Baines, conteste a la pregunta que le ha hecho mi amigo —añadió Cutt fríamente.

—Está bien, se lo contaré todo, pero dígale a este pedazo de mulo que me suelte. No me gusta la violencia.

—Déjale, Sammy.

—Sí, Grant.

Norman respiró aliviado.

—¿No les apetece una copa? —sugirió.

—Baines, no estamos aquí para una visita de sociedad. Queremos que nos diga cuál es su interés por Augusta Searles. Hable de una vez o tendrá que lamentarlo —dijo Cutt amenazadoramente.

—Bien, Ballytoe quiere la propiedad de Augusta y yo deseo evitarlo, eso es todo.

—Ballytoe tiene todos los derechos…

—Obtenidos mediante trampas legales.

—Eso ya no nos importa a nosotros. ¿Qué ha conseguido averiguar? —Desgraciadamente, nada hasta ahora —respondió Norman.

Cutt pareció meditar sobre la respuesta que acababa de recibir. Al cabo de unos segundos, hizo un gesto de asentimiento.

—Por su bien, espero que nos haya dicho la verdad —habló secamente.

Norman se encogió de hombros.

—Si estuviera en mi puesto, podría comprender mejor mi posición —dijo.

—Eso es algo que no me interesa. Vámonos, Sammy.

Los dos sicarios se marcharon, con no poco alivio por parte de Norman, quien, curioso, se asomó a la ventana para verlos salir del edificio. Momentos después, Cutt y Sammy cruzaban la acera.

En aquel instante, se oyó el ruido de un motor al máximo de revoluciones. Norman vio un automóvil lanzado a toda velocidad. A lo lejos oyó el campanilleo de un coche de patrulla. La policía, sin duda, perseguía a unos delincuentes.

La calle estaba mojada debido a una fina llovizna que había caído durante casi todo el día. Las ruedas del coche perseguido patinaron en el asfalto y su conductor perdió el dominio del volante.

Cutt lanzó un chillido de pánico al ver el coche que se les echaba encima… Más ágil que su compañero, consiguió eludir la mole que se les echaba encima, pero Sammy, algo torpe, apenas si pudo dar un par de pasos.

El impacto del vehículo lo arrojó a gran distancia. El coche, a toda velocidad, siguió sobre la acera y sus ruedas pasaron por encima de aquel bulto que yacía hecho un ovillo en el suelo. Finalmente, y con enorme estrépito, el coche acabó estrellándose contra una fachada.

Durante unos segundos, Cutt, helado de terror, contempló el yacente cuerpo de su compinche. En aquellos momentos, recordaba las advertencias de Friars.

La comprensión de lo ocurrido tuvo más fuerza que su capacidad física. Creyó que algo estallaba dentro de su cabeza y perdió el conocimiento.

* * *

—Empiezo a pensar que soy un hombre que causa mal de ojo a las personas —dijo Norman al día siguiente, sentado ante la chimenea, en casa de Augusta.

La joven le miró con simpatía.

—No sea pesimista —le reprochó—. Usted no tiene nada de qué acusarse. Sería diferente si se hubiese peleado físicamente con esos sujetos… pero todos ellos eran gente detestable, hampones, maleantes… Cierto que eran personas, seres humanos y que tal vez no merecían morir, pero, si alguien tiene la culpa es Ballytoe.

Norman se sentía abrumado por lo ocurrido y, deseando aliviar su ánimo del peso que lo oprimía, había ido a visitar a Augusta, esperando encontrar en ella comprensión y simpatía, como así había sucedido.

—Y si hay que creer en una intervención sobrenatural, achaquemos lo sucedido al conde Von Stahren y a nadie más —agregó ella.

Sin dejar de sonreír, se levantó, llenó una copa y la entregó a su visitante.

—Vamos, anímese —dijo persuasivamente—. Que yo sepa, sus actividades no han dañado hasta ahora a las personas decentes.

Norman suspiró.

—Sí, quizá tenga usted razón, pero es que tampoco resulta agradable encontrarse en ciertas situaciones. A veces, tengo la sensación de que Willy está jugando conmigo.

—¿Por qué dice eso, Norman?

—No lo sé bien… Hay ocasiones en que pienso que Willy es un auténtico ser vivo, que, por supuesto, no nació en el siglo XVII… Un bromista, en suma, si usted se esfuerza en comprender lo que quiero decirle. Pero otras voces, pienso que, ciertamente, es el hombre que no puede morir… hasta que haya consumado su venganza. Y yo soy el instrumento elegido para conseguirlo.

—¿De veras lo cree así?

Norman se pasó una mano por la frente.

—Estoy viviendo una pesadilla —confesó—. Y lo peor de todo es que no sé cuándo va a tener fin…

«Sharko» le interrumpió de repente con un ronco gruñido. El can estaba tendido sobre la piel, cuan largo era, y se enderezó en parte sobre las patas delanteras, a la vez que sus orejas se atiesaban y enseñaba los colmillos.

—Alguien viene —adivinó Augusta—. Y como el visitante no parece gozar de las simpatías de Sharko», lo mejor será atarlo, para evitarnos compromisos.

Augusta se llevó al perro fuera de la sala, justo cuando se oía en el exterior el rechinar de los frenos de un automóvil. Norman se puso en pie y miró a través de la ventana.

Ballytoe se apeó del coche, conducido por un sujeto de aire estólido. Norman respiró aliviado al ver que Thea no había venido con el hombre que iba a quedarse con la propiedad. Habría resultado embarazoso, se dijo.

Augusta regresó al salón y le miró con sonrisa cómplice.

—No se vaya —indicó—. Diga lo que diga Ballytoe, quédese.

—Está bien.

Ballytoe entró en el salón momentos después. Norman contempló al sujeto a la luz del día. El aspecto de Ballytoe era el de un hombre duro, despiadado, capaz de cualquier cosa por conseguir lo que deseaba, sin importarle las consecuencias.

—Ah, está aquí el investigador de la compañía de seguros —dijo, despectivamente.

—El señor Baines es un excelente amigo mío y su compañía me agrada —contestó Augusta—. Diga lo que tiene que decir y déjenos solos cuanto antes, señor Ballytoe.

—Quiero que se vaya cuanto antes de su casa. Estoy dispuesto a pagar dos mil libras de más, pero la casa ha de quedar desalojada en cuarenta y ocho horas.

Augusta le miró sorprendida.

—¿Por qué tantas prisas? Aún quedan más de cinco semanas…

—Eso no le importa a usted —contestó Ballytoe ásperamente—. Diga sólo si acepta o no mi proposición.

—Aún no se ha cumplido el plazo —dijo ella—. Por tanto, tengo pleno derecho a permanecer aquí. Es más, incluso puedo ordenarle que se vaya.

—Tres mil libras. Le ofrezco tres mil…

—¿Tan mal van sus negocios? —intervino Norman, súbitamente—. Porque de otro modo no se entiende su insistencia en conseguir el Manor antes del tiempo especificado en el contrato de hipoteca.

—No se meta en lo que no le llaman, Baines —rezongó Ballytoe —y usted, señorita Searles, debe saber que es mi última oferta.

—Lo que significa que no puede dar más, Augusta.

La muchacha sonrió.

—¿Es cierto lo que dice mi amigo? —preguntó.

Había en los ojos de Ballytoe un brillo de furia difícilmente contenida. Norman vio que sus manos se abrían y cerraban espasmódicamente y llegó a temer una reacción violenta. Por fortuna, Ballytoe logró dominarse.

—Mis asuntos personales no interesan a ninguno de los dos —dijo—. Le doy veinticuatro horas para que reflexione sobre mí propuesta, señorita Searles.

—¿Para qué? He decidido no aceptarla, de modo que bien pudo haberse ahorrado el viaje. Además, sé de sobra por qué quiere el Manor.

—¿Ah, sí? —sonrió el visitante.

—Usted busca un tesoro supuestamente existente en esta propiedad. ¿Cree que yo no lo busqué también? He tenido años enteros para realizar esa tarea y, créame, Siempre fracasaron todos mis esfuerzos.

—De modo que si quiere rehacer su maltrecha economía con el tesoro del conde Von Stahren, pierde el tiempo. Tendrá que pensar en otro método —añadió Norman.

—No me engañarán —exclamó Ballytoe. Golpeó el suelo con el pie—Ese tesoro está aquí y será para mí.

Inspiró con fuerza, porque parecía haberse quedado sin aliento, y agregó:

—Lo que sucede es que usted no ha sabido buscar. Yo sí encontraré el tesoro, porque haré lo que usted no se ha atrevido a hacer: demoler esta casa piedra por piedra. Entonces, aparecerá el tesoro. ¡Buenas tardes!

Ballytoe giró en redondo y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta. Norman se acercó a la ventana. Desde allí vio al visitante que subía al

automóvil, cuyo conductor lo puso en marcha inmediatamente.

El coche viró despacio en la explanada que había frente a la casa. Do pronto. Norman vio algo que le llamó la atención poderosamente.

Sin poder contenerse, abrió la ventana y agitó los brazos.

—¡Eh, pare! ¡Oiga, deténgase!

Sus gestos llamaron la atención del chófer, quien, sin detener el vehículo, asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué pasa? —gritó.

—Está perdiendo líquido de frenos —avisó el joven.

Ballytoe, en el asiento posterior, lanzó un rugido:

—¡Sigue! No hagas caso de lo que te dice ese estúpido.

El coche aceleró. Norman contempló con ojos fascinados el delgado reguero de líquido oscuro que dejaba el vehículo en su trayectoria.

—¡Se va a estrellar! —exclamó.

El camino que conducía al Manor doblaba en ángulo recto a unos sesenta o setenta metros de la casa, por lo que era preciso salir a velocidad moderada. El chófer había acelerado ligeramente al oír la voz de Ballytoe y quiso corregir el error, mediante un toque final al pedal del freno. Pero el pedal se hundió hasta el suelo y el coche, luego de dar un bandazo, acabó yéndose de coscado contra un árbol.

El golpe no era demasiado fuerte ni los ocupantes sufrieron daño alguno. Norman y Augusta, que lo habían visto todo desde la ventana, corrieron hacia el lugar del accidente. Ballytoe se había apeado del vehículo, lo mismo que el conductor, y ambos contemplaban con ojos de asombro el reguero que había dejado el coche durante el breve espacio que había estado en funcionamiento.

—Se lo advertí y usted no me hizo caso —dijo Norman—Ha tenido suerte; de haber ocurrido esto un poco más adelante, ahora estarían los dos muertos o gravemente heridos.

Ballytoe permanecía silencioso, sin saber qué decir. Norman añadió

—Y no irá a decir que hemos sido nosotros los causantes de esa perforación, ¿verdad? Porque su chófer puede jurar que en ningún momento nos hemos acercado a su coche… ni tampoco somos como usted.

El chófer retrocedió de pronto.

—¡Clay tiene razón! —exclamó—. ¡Este hombre es un brujo…!

Lleno de un repentino terror, dio media vuelta y echó a correr en dirección a Harthrop. Ballytoe tenía la boca abierta y no sabía qué decir.

Al cabo de unos momentos, consiguió reaccionar.

—Señorita Searles, le ruego me permita telefonear, para que me envíen un taxi…

—Ni lo sueñe —contestó ella enérgicamente—. Harthrop está a dos kilómetros tan sólo. Haga un poco de ejercicio y vaya allí a conseguir ese taxi, pero usted no entrará ya en mi casa sino hasta el día en que se cumpla el plazo de vencimiento de la hipoteca.

Ballytoe la miró venenosamente.

—Ese día llegará, téngalo por seguro, y entonces yo tendré el infinito placer de verla abandonar su propiedad —dijo. Giró sobre sus talones y, con paso firme, echó a andar en dirección a la aldea.

CAPITULO X

—¿Se queda, Norman? —preguntó la muchacha poco rato después, una «vez que hubieron vuelto a la casa.

—Bien, si no le representa demasiada molestia…

—Al contrario, es un placer —sonrió Augusta.

—Quizá no le resulte agradable la compañía de un hombre que acarrea desgracias por dondequiera que va.

—No vuelva a mencionar ese tema en mi presencia —le recriminó ella afectuosamente—. Ya le dije mí opinión sobre el particular y no ha variado en absoluto. ¿Qué le apetece beber? ¿Jerez, whisky o té?

—A estas horas, un jerez rae sentará bien, gracias. Augusta, de pronto me he dado cuenta de un detalle que se me ha pasado desapercibido hasta ahora —exclamó Norman—. Tanto es así, que ni siquiera se lo he preguntado al conde en ninguna de las ocasiones en que nos hemos visto.

—¿De qué se trata? —preguntó la muchacha, mientras llenaba la copa para su invitado.

—Arabella Derwent. Murió asesinada… pero ¿dónde está su sepultura?

Augusta le entregó la copa.

—Ah, ¿es que no lo sabe? Hay una capilla al otro lado. El conde la mandó erigir en memoria de su amada, pero él mismo murió antes de ver su obra concluida. Sin embargo, había tomado la precaución de dejar un albacea, que resultó ser una persona honesta y que fue quien se encargó de completar la obra. ¿Le gustaría verla?

—Por supuesto.

—Está bien, vamos antes de que se haga de noche.

Augusta se puso el chaquetón y salieron por la puerta posterior, acompañados por «Sharko». Al otro lado había un espeso grupo de robles, que tapaban casi por completo la visión de un pequeño edificio de color grisáceo oscuro, debido al paso de los tiempos. Momentos después, se detenían ante la pequeña capilla, de estilo gótico, cuya puerta estaba cerrada por una reja ce hierro artísticamente forjada.

—Aquí descansa para siempre Arabella Derwent —dijo la muchacha.

Durante unos segundos» no hubo más que silencio en aquel lugar. Luego, de pronto, Norman vio al conde parado junto a una de las esquinas de la capilla.

Willy sonreía de un modo particular. Norman casi se sintió furioso al verlo.

—Empiezo a pensar que te estás burlando de mí —dijo.

—Por favor, no pienses mal. Me estás ayudando mucho más de lo que te imaginas. Sigue así y al fin podré volver a mi tumba.

—Algunos me creen un brujo o algo por el estilo y piensan que soy capaz de matar a la gente. No niego que los sujetos que han muerto eran tipos poco

agradables, alguno, quizá, hasta asesino, pero me fastidia mucho ser el instrumento de tu venganza.

—Creo que estás equivocado. Tú no tienes que ejecutar mi venganza, sino ayudarme a morir. Te lo dije el día en que nos conocimos, si mal no recuerdo.

Norman asintió:

—Bueno, pero como no puedo matarme ni tú puedes morir por medios digamos normales, ¿qué puedo hacer para complacer tus deseos?

—Sigue como hasta ahora, será suficiente. Y cuando yo haya muerto, tendrás tu recompensa.

—Ya, el tesoro —dijo el joven sarcásticamente.

—Tendrás algo que vale más que todos los tesoros de este mundo —aseguró el conde—. Y ahora, permíteme que me retire…

—¡Aguarda un momento! —Pidió Norman—, Tienes que explicarme cómo conseguiste salir de tu tumba. Te dieron por muerto y te enterraron, pero no es tan fácil salir de una sepultura.

Willy sonrió.

—Tú piensas en una pesada lápida, pero olvidas el hecho sustancial de que una losa semejante no se labra en unas horas, ni se coloca inmediatamente después de la muerte de la persona que va a ocupar esa sepultura. Cuando la colocaron, habían pasado algunas semanas de mi «muerte».

—Había un ataúd, una capa de tierra…

—Sólo el ataúd y la tapa no estaba cerrada. Sobre el hueco, habían colocado algunas tablas. Eso fue todo.

—Y entonces, saliste y… ¿Por qué no buscaste entonces al asesino de Arabella?

—Para conseguir mi venganza, tengo que actuar con los métodos propios de una persona viva. Me fue imposible acercarme a Ballytoe, eso es todo.

Willy volvió a sonreír.

—Volveremos a vemos —se despidió—. Adiós.

Una ráfaga de nieve envolvió de pronto la capilla, Norman sintió un escalofrío. Cuando los vapores se disiparon, vio que el conde había desaparecido.

—¿Le ha gustado? —preguntó Augusta.

Norman se volvió hacia la muchacha. Ella, dedujo, no se había enterado de su diálogo con Willy. Quizá, pensó, había estado sometida a un estado de hipnosis, provocado por el mismo hombre que no podía morir… aquel hombre que disponía de poderes sobrenaturales y, sin embargo, no tenía el suficiente para conseguir su propia muerte.

—Sí, me ha gustado muchísimo —contestó, haciendo un verdadero esfuerzo sobre sí mismo para no dejar traslucir lo que pasaba en su interior en aquellos momentos.

* * *

Clay Friars le llamó el mismo día de su regreso a Londres.

—He hablado con Jerry Chalmers. Está lleno de pánico —dijo.

—¿Quién es Chalmers? —preguntó Norman, que no tenis la menor idea de la identidad del sujeto mencionado.

—El chófer de Ballytoe, claro. Me ha contado lo que le pasó el día en que fueron a Squelleen Manor. Todavía se le ponen los pelos de punta…

—Les avisé de que perdían líquido de frenos, pero no me hicieron caso. Y aunque no tuve nada que ver en el asunto, tampoco ocurrió nada irreparable.

—Sí, pero imagínese que la cosa ocurre sólo a mil metros del Manor…

—Pasó donde tenía que pasar, Clay, no le dé más vueltas.

—Claro, como también ocurrió lo de Sammy Horran. ¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo, Clay. Pero Sammy murió atropellado por un coche, que había sido robado, y cuyos ocupantes escapaban de la persecución de la policía.

—Bien, de todos modos, y si le sirve de consuelo, le diré que Ballytoe se ha quedado solo.

—¿Cómo?

—Lo que oye. Yo también lo he dejado. Algunos dicen que es usted, otros le acusan a él, pero el caso es que lleva una racha impresionante de mala suerte. Y uno quiere seguir viviendo, ¿comprende?

Norman se quedó atónito al escuchar aquella inesperada revelación.

—Clay, ¿quiere decir que Olga también le ha dejado?

Sonó una risita.

—No, hombre, yo me refería a otra clase de «empleadas». Olga y el personal de la oficina continúan en sus puestos. Ellas no tienen nada que ver con las trapacerías del jefe. Bueno, diviértase con Olga; es toda una hembra y sabe lo que se hace, cuando un tipo le cae simpático.

Friars se despidió. Norman, pensativo, encendió un cigarrillo. ¿Era cierto que Willy estaba a punto de conseguir su venganza?

Aquella misma noche, concertó una cita con Olga Nevers. Ella le recibió de muy buena gana en su apartamento.

Fue una velada realmente agradable y Norman no tuvo que esforzarse demasiado en conseguir el asalto de una fortaleza que estaba rendida de antemano. Friars tenía razón; Olga era mujer que sabía lo que se hacía, aunque le pareció que traicionaba a Augusta al tener a aquella hermosa mujer en sus brazos.

Cerca de la madrugada, abandonó la cama y pasó a la sala, en donde había visto el bolso que Olga usaba habitualmente para acudir al trabajo. Ella dormía profundamente, lo que le permitió registrar el bolso a conciencia. Había una agenda y no tardó mucho en encontrar unas cifras de significado inequívoco.

Silenciosamente, copió la clave y guardó el papel en uno de los bolsillos de su chaqueta. A las siete en punto, se levantó y fue a la cocina.

Olga apareció minutos más tarde.

—Sabes preparar el desayuno —sonrió.

—Tienes que ir a trabajar —contestó él por encima del hombro.

—Y tú no necesitas ganarte el pan de cada día…

—Soy investigador de seguros y dispongo de cierta libertad para mi tarea.

A Norman no le importaba declarar su identidad. Olga, estaba seguro, no mencionaría a Ballytoe lo sucedido.

Poco después, se despidieron. Olga le besó cariñosamente en una mejilla.

—Quédate todo el tiempo que desees —dijo, a la vez que le entregaba la llave del apartamento.

Norman asintió.

—Dormiré un rato todavía —manifestó.

* * *

Como investigador, Norman conocía algunos trucos, aunque no los había usado nunca en su trabajo, por considerarse hombre fundamentalmente honesto. Pero en esta ocasión, la cosa cambiaba, se dijo, mientras nacía funcionar la ganzúa que le permitiría el acceso al despacho de Ballytoe.

El silencio, a media noche, era lógico en una oficina vacía. Norman, precavido, empleó una diminuta linterna para alumbrarse hasta su objetivo. Usaba unos guantes de cirujano, con lo que así evitaba dejar huellas dactilares que pudieran comprometerle.

La clave le resultó muy útil. Un cuarto de hora más tarde, había abierto la caja fuerte. Con la ayuda de una lámpara de sobremesa, empezó a revisar todos los documentos allí almacenados.

Veinte minutos después, encontró un sobre con el indicativo de Squelleen Manor. Extrajo los papeles que había en su interior y los examinó con toda atención. Al terminar la lectura, se sintió tentado de lanzar una exclamación de cólera. Lo que Ballytoe había hecho era, simplemente una estafa. El Manor le pertenecía tanto como la estatua del almirante Nelson.

Los documentos volvieron al sobre, que fue a parar al interior de su camisa. Se disponía a abandonar el despacho, cuando, de pronto, oyó ruido en la entrada.

Rápidamente, buscó con la mirada. Había un gran butacón en uno de los ángulos de la estancia. Apagó la luz y, corriendo en silencio, fue a refugiarse en aquel improvisado escondite.

Segundos después, alguien encendió las luces del techo. Norman tuvo que hacer un poderoso esfuerzo de voluntad para no lanzar una exclamación de asombro.

¿A qué había venido Thea al despacho?

Lo más curioso de todo era que no estaba sola. El hombre que se hallaba junto a ella era joven, bien parecido, con todo el aspecto de un galán de cine. Norman le calculó que no había cumplido aún los veintiocho años.

Thea le pasaba cuatro o cinco por lo menos, pero parecía evidente que

estaba locamente enamorada de él. Apenas estuvieron en el despacho, el joven rodeó la cintura de Thea con sus brazos y la besó apasionadamente.

Ella correspondió con un cálido beso, pero deshizo muy pronto el contacto.

—Hemos venido a trabajar, Cheffy —dijo, con la sonrisa en los labios—. Tiempo habrá para… efusiones, querido.

—Sí, mucho tiempo —convino él. Y puso los labios en la palma de la mano de Thea durante un segundo.

Luego se enderezó.

—Querida, ¿cómo se hace? —preguntó.

—Ahora te dictaré los números de la clave —respondió ella.

Norman se sentía estupefacto. Resultaba evidente que Thea iba a traicionar a Ballytoe. La presencia del galán parecía abonar sus sospechas. Además, ambos vestían como si fuesen a emprender un largo viaje.

«Las ratas abandonan el barco», pensó. Lo que había sucedido entre él y Thea era, para la mujer, una simple cuestión de trabajo. Había querido sonsacarle y, concluida su tarea, no se había vuelto a acordar de él, cosa que Norman, por otra parte, no lamentaba en absoluto.

El joven terminó de abrir la caja e hizo girar la puerta a un lado. Norman oyó la exclamación de júbilo que brotaba de sus labios.

—Oye, pues no está mal del todo…

—Ya te dije que había «pasta» —sonrió Thea—. Vamos, coge el dinero: hemos de irnos antes de que sea demasiado tarde.

La mano del joven se adentró en el interior de la caja fuerte. En el mismo instante, se oyó un seco chasquido. Un vivísimo fogonazo azulado brotó del interior. El joven saltó hacia atrás más de dos metros, despedido por la potencia de la descarga eléctrica, cayó al suelo y se quedó completamente inmóvil.

Los ojos de Thea se desorbitaron. Norman vio que el rostro de su acompañante había adquirido de pronto un horripilante color rojo. Tenía los ojos casi saltados y toda su piel se había cubierto de un hediondo sudor.

Thea le contempló todavía unos instantes. Luego, de pronto, reaccionando, dio media vuelta y echó a correr.

Norman se sentía pasmado de asombro. Pero, de pronto, notó que los pelos se le ponían de punta. Él también había abierto la caja fuerte y hurgado en su interior… y, sin embargo, no le había pasado nada. ¿Por qué?

En aquellos momentos, resultaba imposible obtener una explicación congruente de lo sucedido. Lo único que importaba era abandonar la oficina con la misma discreción que a su llegada. Había allí un cadáver y no iba a ser él quien diese aviso a la policía.

Era un procedimiento irregular y no le gustaba, pero dadas las circunstancias, no tenía otra salida.

CAPITULO XI

La noticia, lógicamente, se publicó en los diarios de la tarde. Los empleados habían descubierto el cadáver de un tal Jeremy Rand, muerto por electrocución al intentar robar la caja fuerte de la oficina. Ballytoe había declarado que ya haría tiempo mandó instalar la trampa, conectada a la corriente eléctrica, a fin de evitar posibles robos. En cuanto al ladrón muerto, no le conocía, nunca le había visto ni tenía la menor noticia de su personalidad. Sí había algunos miles de libras en la caja fuerte; siempre le gustaba disponer de efectivo para pagos imprevistos… Había personas a las que no les gustaban los cheques y querían su dinero en billetes de Banco… No, no tenía la menor idea de quién podía ser la persona que había informado a Rand de la existencia de aquella suma, pero era harto sabido que él era un hombre de negocios muy importante…

—Si no lo fuera, no habría mandado instalar la trampa en la caja fuerte —había finalizado así sus declaraciones.

Norman leyó el periódico preocupadamente. ¿Por qué Rand había muerto y no él?

Al llegar la noche, llamó a Olga.

—He leído los periódicos —dijo.

—No me lo recuerdes —contestó la mujer—. Yo fui la que se encontró el «fiambre» en el suelo… Todavía me tiemblan las piernas, cada vez que lo recuerdo…

—Tú tenías la clave, me parece.

—Sí, pero ignoraba la existencia de la trampa. Por otra parte, no utilizaba la caja, sino en circunstancias excepcionales y siempre delante de Ballytoe. Él nunca me dijo que hubiera hecho instalar una trampa… Pero estoy por pensar que la conectaba al marcharse…

—Así tenía que ser, y si él te hubiese mandado a buscar algo a deshoras, te habría avisado, supongo.

—Eso creo yo también. De todas formas, le he dicho unas cuantas lindezas. Confía en mí lo suficiente para hacerme conocer la clave y luego no me avisa de la trampa… Le he dicho que cambie la combinación y que no me la diga más.

—¡Bien hecho! —Aprobó Norman con fingido entusiasmo—. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro…

—Se trata de la señora Grock. ¿Es la amante del jefe?

—¿Esa zorra? No lo creo. En los últimos tiempos están como el perro y el gato… Antes se llevaban muy "bien, pero no sé qué diablos les habrá pasado de unas semanas a esta parte. Hace unos días, les oí discutir cómo fieras. Cuando se marchó ella y entré en el despacho, me sorprendió ver a mi jefe con la cara limpia. Pensé que le habría marcado las diez uñas…

Norman se echó a reír.

—Eres un poco exagerada —dijo—. Te llamaré otro día.

—Cuando quieras… siempre que no tardes mucho —pidió Olga, apasionadamente.

Después de colgar. Norman reflexionó durante algunos minutos. No tardó mucho en tomar una decisión. Augusta debía conocer lo sucedido.

* * *

Mientras Augusta leía los documentos, Norman, sentado a poca distancia, acariciaba la cabeza de «Sharko». El perro parecía sentirse muy complacido de tenerlo a su lado. Norman espiaba las reacciones de la muchacha, que se reflejaban gradualmente en su rostro.

Al fin, Augusta levantó la mirada de los documentos.

—No entiendo mucho, pero esto me parece un robo —dijo.

—Lo es —confirmó él—. Sospecho que su padre no se hizo asesorar bien cuando firmó el pacto.

—Era la primera vez que hacía una cosa semejante y no quería que se divulgase. Por eso buscó a un abogado poco conocido… mejor dicho, completamente desconocido. Se llama Jeremy Rand…

Norman saltó en su asiento.

—¡Ha dicho Rand!

—Sí —contestó ella, sorprendida—. ¿Le conoce?

—Sólo lo he visto una vez en mi vida —dijo Norman, pensativamente, porque empezaba a entender algunas cosas que hasta entonces le habían resultado incomprensibles. Fijó la vista en la muchacha—. Pero Rand ha muerto.

—¿Cómo?

—Y Ballytoe mintió al declarar a la policía que no conocía a Rand.

—Norman, por favor, explíquese —rogó Augusta.

El joven hizo un relato circunstanciado de lo sucedido en el despacho de Ballytoe. Augusta se sintió enormemente asombrada.

—Pero, entonces, estos documentos proceden de un robo…

—Ballytoe no ha denunciado su falta, porque sabe que no puede hacerlo. Si lo hiciera, se descubriría la estafa que estaba a punto de consumar, cuando hubiera conseguido la propiedad del Manor. Esto era algo que no debía tener la menor publicidad. Ustedes se habrían marchado de aquí y todo el mundo hubiera supuesto que la falta de pago del préstamo les obligaba a hacerlo. Pero nadie hubiese metido la nariz en los documentos, ¿comprende?

Augusta asintió lentamente.

—Sí, tiene usted razón. Son documentos que no deben hacerse públicos… Los arrojaré al fuego —afirmó repentinamente.

Norman extendió una mano.

—«¡No, aún no es el momento! —dijo—. Aguarde un poco.

—¿Aguardar?

—Ballytoe tiene que saberlo. Debe enterarse que sus 84— pretensiones sobre el Manor son una pura entelequia. De otro modo, no tendría el menor mérito.

—Sí, quizá tenga usted razón —convino la muchacha—. Pero, en tal caso, ¿qué debemos hacer?

Norman se lo explicó y Augusta, tras una ligera vacilación, acabó aceptando su plan.

* * *

Transcurrió una semana. De pronto. Norman recibió una llamada de Augusta.

—Ya tengo todo listo —informó.

—Muy bien, mañana me tendrá usted allí —aseguró Norman.

Friars le llamó a los pocos momentos.

—¿Consiguió de Olga lo que quería? —preguntó el sujeto.

—Clay, hay preguntas que no se deben hacer —repuso Norman.

Sonó una fuerte risotada.

—Considérela como hecha —dijo—. ¿Sabe? Usted me ha dado buena suerte. Ahora tengo un magnifico empleo y duermo ocho horas de un tirón…

—Vaya, le felicito, Clay.

—Leí los periódicos. El abogado no sabía dónde se metía cuando fue a robar la caja. A usted no le pasó nada, ¿verdad?

—Clay, no sea curioso…

—No, sí usted es invulnerable. Todo le tiene que pasar a los demás, pero usted… No sabe cuánto me alegro de no volver a verle más en los días de mi vida.

—Sí se lo toma así…

—Es lo mejor. Suerte y adiós.

—Adiós, Clay.

Norman sintió cierta aprensión después de su diálogo con el sujeto. Ciertamente, a él no le había sucedido nada, pero había sido portador de la mala suerte para todos los que habían intentado atacarle de un modo u otro por mandato de Ballytoe. Esperaba, se dijo, que las cosas cambiasen en lo sucesivo y que su vida volviese a la normalidad. —Cambiarán, te lo aseguro.

Norman se volvió. Willy estaba delante de él, apoyado en una consola, con su habitual sonrisa.

—Creí que te habrías olvidado de mí —dijo el joven.

—Pronto ocurrirá —contestó Willy—. Mis deseos están a punto de cumplirse.

—Y entonces podrás morir tranquilo.

—Sí.

—Volverás a tu tumba…

—Esto es lo que más deseo fervientemente. Pero tengo que pedirte un último favor, a cambio del cual recibirás la adecuada recompensa.

—Espero que hacerte ese favor no me traiga más complicaciones —dijo Norman, receloso.

—Por supuesto que no. Simplemente quiero que me lleves a descansar eternamente junto a Arabella. Entonces, no quisieron enterrarme a su lado. Hazlo tú ahora.

—Bien, no costará mucho… ¿Algo más, Willy?

—Cuando lo hayas hecho, tendrás la recompensa. Y ahora, adiós; ya no vamos a vernos más…

—Espera un momento —pidió Norman con gran vehemencia—. Quiero hacerte todavía una última pregunta…

—Bien, te escucho.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de Jeremy Rand?

Una indefinible sonrisa apareció en el rostro de Willy.

—Tú viste el dinero y no se te ocurrió tocarlo —dijo.

Norman asintió. Sí, había visto el dinero en la parte más baja del cofre fuerte, en un departamento aislado en donde no había un solo documento. Por tanto, no lo había tocado siquiera y allí era donde estaba instalada la trampa precisamente.

—Adiós, Norman —se despidió Willy—. Recuerda mi petición.

—La cumpliré —aseguró el joven.

* * *

—¿Trasladar los restos de Willy a la capilla? —se sorprendió Augusta al día siguiente—. ¡Pero si no está enterrado allí!

—El me lo pidió —contestó Norman—, Creo que debemos cumplir su última voluntad. Augusta se quedó pensativa unos instantes.

—Bien, no costará demasiado —accedió al cabo—. Pero antes…

—Antes es preciso solucionar el problema que más interesa. ¿Tiene todo preparado? —Sí, mi padre envió la autorización por cable. No hubo dificultades de ninguna clase. Norman consultó su reloj de pulsera.

—«Ya no puede tardar en venir —dijo. Miró a la muchacha y sonrió—. Augusta, creo que conocerla a usted ha sido lo más positivo de todo este asunto.

Ella se sonrojó ligeramente.

—Nos conocimos porque usted sintió la curiosidad de visitar la tumba del conde Von Stahren —respondió.

—Bien, cuando le vi por primera vez, pensé que tal vez había sufrido una alucinación. Pero el hecho era que recordaba todos los detalles con absoluta claridad. Lo corriente, después de una alucinación o una pesadilla, es que se produzcan lagunas en la memoria. Pero yo recordaba la conversación en todos sus extremos. Eso provocó mí curiosidad y…

Un gruñido de «Sharko» le interrumpió de súbito. Fuera de la casa se oyó el chirrido de unos frenos de automóvil.

—¡Ahí viene! —Exclamó Norman—. ¿Preparada, Augusta?

Ella estaba ahora pálida, pero había firmeza en la expresión de su rostro.

—Sí, Norman, estoy preparada —contestó.

CAPITULO XII

Con gran sorpresa de los dos jóvenes, Ballytoe llegó acompañado de la señora Grock. Norman pensó que Thea, fracasado su intento de escapar con el dinero y con su amante, había decidido seguir junto a Ballytoe, en espera de una ocasión mejor. Fracasado el plan acordado con Rand, Thea esperaba sacar una buena tajada de su visita al Manor.

Ballytoe dirigió una fría mirada al joven. Luego se encaró con la dueña de la casa.

—Espero que no me haya llamado para una tontería, señorita Searles —dijo—. Mi tiempo es precioso y no puedo perderlo así como así.

Impasible, Augusta puso sobre la mesa un rectángulo de papel.

—Podría negarme a pagar, pero no quiero situarme a su altura —dijo—. Ahí tiene el importe de la deuda que mi padre contrajo con usted.

Ballytoe se quedó con la boca abierta.

—¿Qué está diciendo? —exclamó.

—Mi padre me autorizó para concertar un nuevo préstamo, en condiciones infinitamente superiores a las acordadas con usted. Ese cheque está respaldado por un Banco de toda solvencia. Tómelo y váyase de aquí, de esta casa a la que no debe volver jamás.

—¡La casa es mía! —aulló Ballytoe.

—Se equivoca —dijo Augusta, fríamente.

Giró un poco a su izquierda y levantó el asiento de un sillón, debajo del cual apareció un grueso sobre, repleto de papeles.

—Aún le hago un favor, quemando estos documentos —añadió, a la vez que arrojaba el sobre a las llamas de la chimenea—. Cualquier abogado diría que son la prueba escrita de una estafa, realizada de acuerdo con un joven abogado llamado Jeremy Band.

—O, de otra forma más cariñosa, Cheffy —dijo Norman intencionadamente.

Al hablar, miraba a Thea. El rostro de la señora Grock aparecía tenso y casi sin color.

—Band murió… —empezaba a decir Ballytoe.

—A causa de la trampa que usted había hecho instalar en su caja fuerte. Pero dígame, ¿cómo podía conocer la combinación? —preguntó el joven.

Sus ojos continuaban fijos en Thea. Ella comprendió que Norman sabía la verdad.

—Ballytoe —prosiguió Norman—, usted, pese a su presuntuosidad, está arruinado. Bien, no diré que su ruina le convierta en un hombre tan pobre como yo, pero, según sus módulos, es ahora un mendigo. Por tanto, cuando se dio cuenta de que no podía evitar la ruina, dedicó todos sus esfuerzos a conseguir la propiedad del Manor, en donde esperaba encontrar un tesoro, compuesto por centenares de monedas de oro, concretamente, táleros del

emperador Carlos VI de Austria. Conocía la leyenda del conde Von Stahren y pensó que podía ser una realidad. A fin de cuentas, en tiempos pretéritos, alguien de su familia tuvo mucho que ver con el conde, ¿no es así?

Ballytoe tenía la boca desmesuradamente abierta. Era evidente que no encontraba palabras con las que responder a las acusaciones de que era objeto.

—Llévese su dinero —terció Augusta—. Y, repito, no quiero verle más por aquí.

Ballytoe reaccionó de pronto:

—Habrá un pleito…

—Claro —dijo Norman con expresión bienhumorada—. Cuando quiera, Ballytoe. Acuda a los tribunales, pida que le otorguen la propiedad del Manor. Diga que es suyo… y pruébelo.

—Estás derrotado, Barry —afirmó Thea.

Ballytoe examinó la cifra escrita en el cheque.

—Cinco mil libras —dijo, despectivamente—. Esto es una porquería…

—No tenía usted tanto en su caja fuerte, ¿verdad, Thea?

La señora Grock se atiesó repentinamente.

—Yo no sé la cantidad que había en la caja —contestó.

—Pero sabía que había dinero y también conoce la ruina de Ballytoe. Por eso acudió allí con su nuevo enamorado, Jeremy Rand, el autor de los documentos que justificaban la estafa. Pero cuando vio que Rand moría electrocutado escapó de allí aterrada, ya que no le interesaba que se supiera su presencia en el lugar del suceso. Ballytoe, ¿se explica ahora cómo llegó Rand a conocer la combinación de la caja fuerte?

Hubo un instante de silencio. De súbito, Thea abrió su bolso y sacó una pequeña pistola, con la que apuntó a Ballytoe.

—Barry, no intentes nada contra mí —dijo, amenazadoramente.

Augusta se asustó y dio un par de pasos hacia atrás. Norman se situó a su lado para protegerla.

—Sí, estás arruinado —añadió Thea—. Por eso querías el Manor, para conseguir él tesoro. Pero ¿te crees que no estaba enterada de tus proyectos? Ibas a darme de lado y…

Súbitamente, Ballytoe dio un manotazo a la pistola, que salió despedida con gran violencia. Casi sin solución de continuidad, golpeó el rostro de la mujer con todas sus fuerzas.

Thea gritó agudamente, trastabilló y acabó por caer de espaldas. Ballytoe corrió hacia la pistola, de la que se apoderó antes de que Norman tuviese tiempo de reaccionar.

La señora Grock se sentó en el suelo, con los ojos llenos 'de lágrimas a consecuencia de la terrible bofetada recibida. En el mismo instante, Ballytoe se hacía con el arma y giraba hacia ella.

—¡Quieto! —chilló Norman.

Pero ya era tarde. El arma escupió un pálido fogonazo. Thea recibió el impacto justo entre los senos y cayó de espaldas, con los ojos abiertos por la

sorpresa. Ni siquiera había tenido tiempo de sentir temor; tan rápido había sido todo.

Augusta se volvió. Norman la acogió en sus brazos, mientras fijaba la vista en el asesino. En los ojos de Ballytoe había un brillo de locura homicida, que puso frío en la espalda del joven.

De pronto, Ballytoe movió la mano.

—Vamos —ordenó roncamente.

—¿Adónde? —quiso saber Norman.

—A la capilla, claro. Ahí está el tesoro.

Norman arqueó las cejas. Lo que menos se le había ocurrido era que la fortuna del conde Von Stahren estuviese escondida en la capilla en que se hallaba enterrada Arabella Derwent.

—¿Cómo lo ha sabido usted? —preguntó.

—Es el único sitio posible. He estado reflexionando mucho. Ella, quiero decir, Augusta, dijo que había estado buscando por toda la casa, sin resultado. Por tanto, el único sitio donde puede estar el oro es la capilla.

—¿Lo crees así, Augusta? —inquirió Norman.

—No lo sé, nunca se me ocurrió…

—A mí, sí —dijo Ballytoe orgullosamente.

—Sí, sobre todo, porque lo buscó en la tumba del conde y no pudo encontrarlo.

Ballytoe se estremeció.

—¿Quién le ha dicho…?

Norman se dio cuenta de que había cometido una imprudencia. Nunca debiera haber mencionado que había sido testigo de la apertura de la tumba del conde. Pero ya era tarde para rectificar.

—Usted nos espió —dijo Ballytoe.

—Les vi de lejos y no quise acercarme más, sabiendo lo que estaban haciendo allí —contestó Norman, tratando de reparar en parte su desliz—. Pero de haber encontrado el tesoro, ¿estaría aquí? ¿Hubiera ofrecido tres mil libras para conseguir que Augusta abandonase el Manor?

Le pareció que Ballytoe se sentía muy aliviado al ver que no mencionaba la muerte de su esbirro. En medio de todo, se dijo Norman, había salido bien del paso.

—Sigamos —dijo el sujeto con voz ronca—. No quiero ya perder más tiempo…

Echaron a andar hacia la puerta posterior. Por encima del hombro, Norman volvió a dirigirse a Ballytoe:

—¿Qué hará con nosotros, después de que haya encontrado el oro? —preguntó.

—Se quedarán encerrados en la capilla. Eso me dará tiempo suficiente para escapar. —Ballytoe, usted conoce, sin duda, la historia de su antepasado.

—Sí, me la contó mi padre muchas veces y yo he hecho averiguaciones por mi cuenta. Pero ¿qué tiene eso que ver con lo que pasa ahora?

—A su antepasado, le ayudaron algunos esbirros en el horrible crimen cometido contra Arabella. Esos hombres murieron de mala manera. Lo mismo que los que le ayudaron a usted ahora. Elkins, Suppy… ¿Sigo la relación?

—Tuvieron mala suerte —contestó Ballytoe roncamente.

—Tan mala suerte, que los que quedaron con vida le dejaron plantado. No querían seguir al lado de un hombre, cuyas órdenes eran la muerte segura.

Ballytoe se encogió de hombros.

—Así no tendré que repartir el dinero con ninguno de ellos —contestó cínicamente. —Tampoco con la señora Grock, naturalmente.

—Sólo ha recibido su merecido. Y basta ya de hablar…

—Un momento —intervino Augusta—. Señor Ballytoe, ¿cómo piensa abrir la reja de la capilla?

Sonó una leve carcajada.

—He venido preparado para ello. Alguien me hizo un duplicado de la llave.

—«Sharko» habría ladrado, de sentir la presencia de un intruso…

—Ese hombre lo hizo mientras usted daba un paseo.

—Seguramente, fue el alguacil de Harthrop, ¿verdad?

—No quiero seguir hablando —cortó Ballytoe de mal humor—. Vamos a ver si terminamos de una vez.

Salieron de la casa y caminaron una veintena de pasos. Súbitamente, se oyó un estremecedor aullido.

Norman se volvió instintivamente, lo mismo que Augusta. Ballytoe giró en redondo.

«Sharko» había conseguido escapar de la habitación en que había sido encerrado, como sucedía cada vez que Ballytoe estaba en el Manor. El enorme dogo, dando enormes saltos, se acercó al asesino con increíble rapidez.

Ballytoe le apuntó con su pistola. Pero el can, inexplicablemente, se detuvo a pocos pasos de distancia, a la vez que emitía amenazadores gruñidos.

Entonces ocurrió algo extraordinario. Norman vio que el perro se transformaba en una persona a la que él conocía muy bien. Ballytoe emitió un seco chillido y el arma escapó de sus dedos repentinamente sin fuerza.

—No… —gimió.

Puso una mano ante sus ojos y se tambaleó. Dio varios pasos inseguros, oscilando de un lado para otro y, por fin, se derrumbó de bruces al suelo.

«Sharko» apoyó su vientre en la tierra. Norman le miró estupefacto.

La visión había durado unos segundos tan sólo. Ahora ni siquiera estaba seguro de lo que había pasado. ¿Era una ilusión de su mente?

—Augusta, ¿qué has visto? —preguntó.

—El perro se detuvo de pronto…

Norman comprendió que ella no había tenido la misma visión. Sólo él y el asesino habían visto al conde durante unos instantes.

Para Ballytoe, sin embargo, había sido suficiente. Norman se arrodilló a su

lado y buscó su pulso. Al cabo de unos momentos, volvió a incorporarse y miró a la muchacha.

—El forense dirá que fue un paro cardíaco, pero, en realidad, murió de miedo —murmuró.

Augusta se sentía muy impresionada.

—Pero no comprendo —dijo—. «Sharko» estaba muy bien encerrado…

Norman fijó la vista en el can. Alguien le había abierto la puerta muy oportunamente. O quizá Augusta no la había cerrado tan bien como creía.

La explicación resultó mucho más sencilla.

—Lo hice yo, cuando vi que se los llevaba hacia la capilla —explicó la señora Coleman, ama de llaves del Manor y única, sirvienta que había en la residencia Ya se había cometido un asesinato y quería evitar que ese criminal continuara matando a la gente.

—Habrá avisado a la policía, Sara —dijo la muchacha.

—Sí, señorita; la he avisado.

* * *

Algunas semanas más tarde, Norman y Augusta se dispusieron a cumplir la última voluntad del conde.

El mismo alguacil instaló el aparejo que ya había sido utilizado en una ocasión. Harry Tubbs observaba una actitud servicial, que no dejó de llamar la atención de Norman.

La pesada lápida empezó a subir centímetro a centímetro. Ahora, la operación se hacía en pleno día, de modo que no era necesario el empleo de lámparas. Tubbs, además, era ayudado por dos robustos operarios, contratados expresamente para el trabajo.

El ataúd se hizo visible a los pocos minutos. Con erran asombro, Norman se dio cuenta de dos cosas: una, faltaba el cuerpo de Calloway.

Miró a Tubbs. El alguacil enrojeció y desvió la mirada. Norman comprendió que Tubbs se había llevado el cadáver de Calloway. No le importó; a fin de cuentas, se trataba de un accidente y a Tubbs no se le podía culpar de la muerte de Calloway. Además, ello evitaba ciertos problemas que habrían resultado difíciles de resolver.

El segundo detalle que llamó la atención del joven fue el aparente buen estado del féretro. Cuando saltó al fondo de la tumba, Norman apreció que las tablas habían sido vueltas a situar en su primitiva posición. También debía de ser obra de Tubbs, pensó.

De pronto, reparó en un detalle que le había pasado desapercibido desde el exterior. Inclinándose un poco, rascó uno de los herrajes con la uña del pulgar. Augusta le contemplaba extrañada, pero no le formuló ninguna pregunta.

Pero había algo por lo que Norman sentía una viva curiosidad. Después de algunos esfuerzos, consiguió levantar la tapa del féretro.

Augusta lanzó un pequeño grito de sorpresa. Norman contempló fijamente la calavera y los huesos que yacían en el ataúd, parcialmente envueltos en sedas que no eran ya más que jirones de tela sin brillo.

Al cabo de unos momentos, cerró la tapa, apoyó las manos en el borde de la tumba y saltó fuera.

—Pueden subirlo» —indicó a los operarios.

Había una furgoneta dispuesta en las inmediaciones del cementerio. Mientras se efectuaba el traslado del féretro, Norman se encaró con la muchacha.

—Al fin, Willy ha conseguido lo que quería —dijo.

—Sí, ha podido morir —murmuró ella.

—Lo bueno del caso es que Ballytoe tuvo el tesoro al alcance de su mano y no supo encontrarlo —añadió el joven.

Augusta lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué quieres decir, Norman?

—Los herrajes y adornos del féretro. Son de oro puro.

Elia abrió la boca, estupefacta.

—quieres decir…

—Sí. Willy, sin duda, hizo fundir las monedas y, con el oro resultante, un hábil artesano, elaboró los herrajes. Ahora, de ti depende que sigan en el ataúd o aprovechar ese oro en tu beneficio.

—Norman, ¿qué me aconsejas tú? —Preguntó la muchacha—. Haré lo que me digas.

La mano del joven se cerró en torno al brazo de Augusta. Ella entendió claramente el significado de aquel gesto.

—Willy me dijo que yo encontraría un tesoro, aunque no mencionó explícitamente qué clase de tesoro. Pero yo sé que lo he encontrado —contestó Norman—. Y no creo que necesitemos despojar al ataúd de sus adornos. Augusta sonrió dulcemente.

—Pienso igual que tú —dijo.

FIN